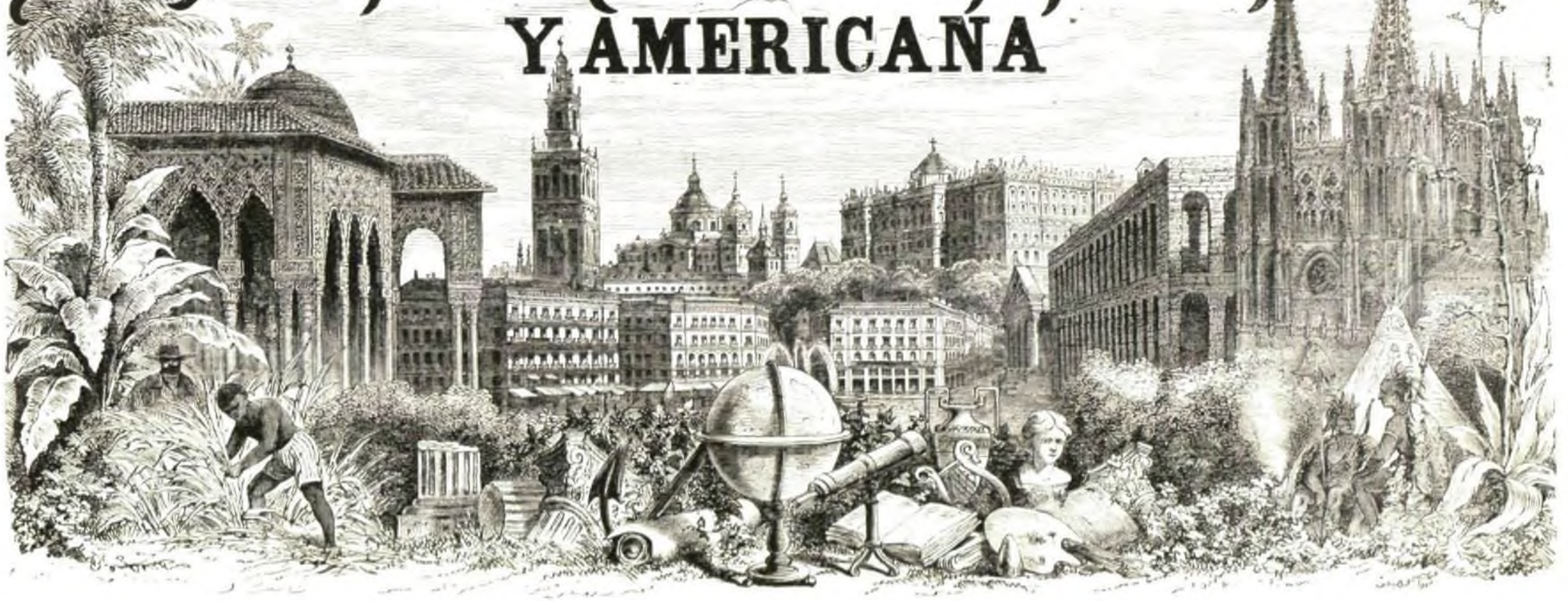
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	30 pesetas.	16 pesetas	9 pesetas.
Provincias.....	35 »	18	10 »
Portugal.....	7.520 reis.	3.890 reis.	2.100 reis.

AÑO XV.—NÚM. XV.

EDITOR-DIRECTOR, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, ARENAL, 16

Madrid, 25 de Mayo de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico...	9 pesos fs.	5 pesos fs.	3 pesos fs.
Filipinas y Américas....	12 »	7 »	4 »
Extranjero.....	40 francos.	22 francos.	12 francos.

SUMARIO.

TEXTO.—De la ópera española, carta dirigida á don José de Castro y Serrano, por don Guillermo Morphi.—Versalles: la Asamblea nacional.—Una nueva sociedad secreta, por don Antonio María Segovia.—*Banquete fraternal*, por X.—*Revista académica*, por don Francisco M. Tubino.—El campo de diamantes, por X.—Una sesion de la Commune.—Issy y Vanves.—Versalles: la Administracion central de correos.—La fe del amor, novela continuacion, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Dombrowski y Cluseret, *apuntes biográficos*.—*Una lazo de langostas*.—Los fugitivos de Neuilly.—Don Cesáreo Sanchez y Sanchez, apuntes biográficos.—Advertencia.

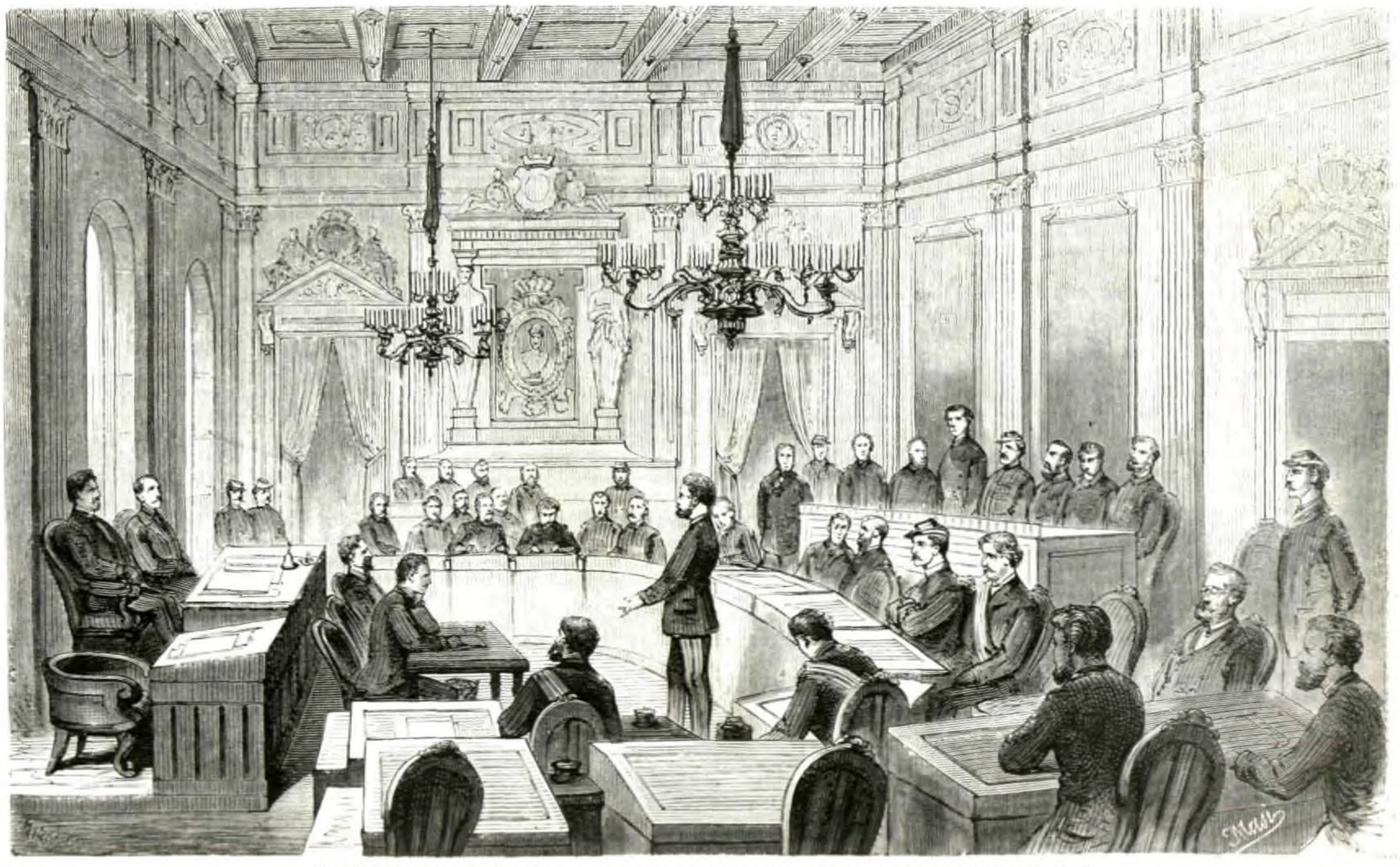
GRABADOS.—Paris: sesion de la Commune en el Hôtel de Ville.—Málaga: *trecho del teatro de Cervantes, pintado por Ferrandiz*.—Badajoz: tren detenido por una nube de langostas en las cercanías de Almadenejos.—Langosta de los campos.—Paris: aspecto actual del fuerte de Vanves: entrada de las tropas de Versalles en el fuerte de Issy.—Versalles: sesion de la Asamblea nacional para ratificar el tratado de paz.—Madrid: banquete en honor de los periodistas portugueses.—Versalles: gabinete central de correos.—Africa: minas de diamantes en el cabo de Buena Esperanza: partida de juego entre los obreros de las minas.—Retratos de Dombrowski y Cluseret.—Llegada de los fugitivos de Neuilly delante del palacio de la Industria.—Retrato de don Cesáreo Sanchez y Sanchez, defensor de la torre de *Cofca*.—Ajedrez.

DE LA ÓPERA ESPAÑOLA.

CARTA DIRIGIDA Á DON JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

I.

Mi estimado amigo: Hace ya algunos años que al entrar un dia en la sala del Conservatorio de música donde se efectuaban las sesiones de la Sociedad de Cuartetos, tuve la fortuna de encontrar á la puerta un



INSURRECCION DE PARIS.—UNA SESION DE LA COMMUNE EN EL HOTEL DE VILLE (pág. 262).

librito de crítica musical escrito por usted. Lo leí con tanto interés como satisfaccion, y me pareció tan bueno, que en aquel primer momento de entusiasmo pensé escribirle una carta apoyando las mismas ideas y diciendo otra porcion de cosas que á mí no me parecian fuera de propósito en aquellas circunstancias.

Entónces se hablaba tambien de la ópera española; y como mis pensamientos y reflexiones no podian ménos de fijarse en lo que era asunto de todas las conversaciones, sucedió que habiendo empezado mi epístola para hablar de música instrumental en general, y de la alemana en particular, me fuí por *esos trigos de Dios*, y sin haber aún concluido el trabajo lo abandoné, porque me pareció que trataba de todas las *cosas y otras muchas más*.

Tiempo hacía que la música y ópera españolas eran para mí objeto predilecto de estudio, y desde entónces no he cesado de examinar la cuestion. Como hoy puede decirse que se halla más que nunca sobre el tapete y que ofrece más interés para el público, me ha parecido que usted tal vez acogeria mi intencion con su habitual benevolencia, y que mis ideas sobre el particular podrian ser útiles á la juventud que se afana en promover el renacimiento musical en nuestra patria.

Detesto tanto la vanidad que se quiere imponer con la soberbia, como la falsa modestia que á veces la oculta; y al presentar lisa y llanamente mi opinion á una persona de tan buen gusto como usted, creo cumplir con el deber que tiene todo amante de las artes que desea contribuir á su desarrollo y prosperidad en cuanto sus fuerzas lo permiten. Bien sé que poco ó nada nuevo diré para las personas que consideran estas materias desde un punto de vista elevado; pero es preciso convenir en que la mayoría de los españoles no ve aún en el arte de Beethoven y Mozart sino un medio de dar variedad á las diversiones públicas. Creo, pues, que no serán esfuerzos inútiles los que se hagan para dar á la música y á los músicos el lugar que hoy ocupan merecidamente en los países más civilizados de Europa.

El aislamiento en que se han colocado en determinadas ocasiones nuestros artistas músicos respecto á las ideas y al público, ha contribuido no poco á perjudicarles, colocándolos en situacion subalterna con relacion á la que disfrutan los que cultivan otras artes. Felizmente, las excepciones son ya tan numerosas, que apenas hay un compositor reputado entre nosotros que no haya tomado la pluma para tratar cuestiones musicales en folletos ó periódicos. Si en épocas en que el público era ménos exigente y propenso á la crítica, y en que el mal gusto no habia viciado tanto la opinion, vemos á un Gluck, á un Weber, á un Haendel, á un Mozart, á un Beethoven defender sus teorías sobre el arte en artículos, en prólogos á sus obras, ó en cartas particulares, con mucha más razon pueden y deben hacer lo mismo hoy dia, no sólo aquellos que ocupan primeras posiciones y gozan de merecida reputacion, sino los que á pesar de su oscuridad no se conforman con la preocupacion vulgar que supone á los músicos aptos para la práctica material de su profesion y no para otra cosa. No; el estudio del arte ó de la ciencia musical no es obstáculo que impide raciocinar, sentir y hablar como los demás mortales. No me parece cuerdo dirigirse al público como lo han hecho Wagner y Berlioz, para zaherir á sus competidores ó para hablar de cosas que nada tienen que ver con la música; pero entre esto y la práctica constante del refran *en boca cerrada no entran moscas*, me parece que hay un término medio que merece la aprobacion de los hombres sensatos.

Basta ya de preámbulo, y vamos á lo que forma el asunto de esta carta. Al hablar de ópera española, se han confundido dos cuestiones enteramente distintas. Una es la fundacion de un teatro en donde se representen exclusivamente óperas compuestas, cantadas y ejecutadas por artistas españoles. Otra, la creacion de la música dramática en España, para llegar algun dia á tener un repertorio tan genuinamente español como el de nuestra música religiosa, nuestro teatro, nuestro romancero, nuestra pintura, nuestra escultura y arquitectura. Respecto á la primera, puede decirse que la zarzuela la resolvió tiempo há en cierto modo, dando trabajo y lucro á tantos compositores, cantantes, instrumentistas y empleados como se han sucedido en las diversas empresas y teatros que han cultivado este género. Y aprovecho esta ocasion para decir que la opinion pública no ha sido justa en mi sentir, al juzgar con demasiada severidad tal espectáculo. Divertir durante largos años al público con libretos que casi nunca eran adecuados á la música ó al gusto y á la época, con cantantes casi siempre medianos, que no solian ser más hábiles como actores, con orquestas por lo comun incompletas ó insuficientes, y quedándose áun en los momentos de mayor decadencia muy [illegible] de los [illegible] de Offenbach [illegible] imitadores, me parece un verdadero prodigio; y mucho más si se tiene en cuenta que al comenzar su carrera algunos de los compositores que despues se han distinguido tanto, no tenian más guia que su buen instinto. Con estas condiciones, claro es que no era posible llegar á la grande ópera nacional por el camino de la ópera cómica ó zarzuela.

Varias preguntas nos salen al encuentro al enunciar esta cuestion: 1.ª La ópera cómica ¿tiene condiciones é importancia bastante para crear en cualquier país un género nacional de música dramática? En mi opinion, no. Le falta la condicion esencial á tan divino arte. La expresion del sentimiento por medio de la palabra cantada, no es verosímil sino en cuanto el alma se encuentra fuera de la vida real; y la mezcla de elementos tan heterogéneos produce el mismo efecto que un cuadro cuya mitad estuviese sólo dibujada, apareciendo el resto ejecutado con rico y vigoroso colorido. ¿No le ha parecido á usted siempre prosáica y amanerada la transicion de lo hablado á lo cantado, y vice versa, y ridículos los subterfugios de que se vale el autor para disimularla?

La experiencia nos demuestra, además, que cuando una obra llega á tener cierta popularidad é importancia como ópera cómica, concluye por convertirse en ópera grande ó pequeña, segun sus dimensiones, pero ópera y no zarzuela. En tal caso se encuentran *Freistchutz*, *Fausto*, *Zampa* y tantas otras que seria prolijo enumerar.

2.ª pregunta. La zarzuela, tal como hasta aquí la han comprendido nuestros compositores y poetas, ¿tiene condiciones genuinamente españolas y que puedan servir como base de tradicion á lo que venga despues?

Casi estoy por resolverla afirmativamente; y en todo caso es para mí indudable que si este espectáculo no ha llegado á tan alto grado como se esperaba, la responsabilidad es, en primer lugar, de los poetas, que han traducido demasiado y casi nunca han hecho asuntos musicales y españoles; del público, que ha aplaudido los efectos de brocha gorda y las patochadas de mal gusto, desdeñando las bellezas delicadas ó el trabajo artístico que alguna vez le han presentado; y ante todo, y sobre todo, de los cantantes, que han sido por lo comun inhábiles para dar realce á las obras medianas, y aún más para interpretar las buenas. Cuando la interpretacion es verdaderamente acertada, el ideal del público y de los compositores va cada dia siendo más elevado; así vemos que los grandes maestros aparecen rodeados de una pléyada de cantantes, y no podemos deslindar si la influencia del compositor sobre su intérprete es mayor que la de éste sobre aquél. Los nombres de Rossini, Bellini, Donizzeti, Meyerbeer, son inseparables de los de la Pasta, la Malibran, Rubini, Tamburini, Ronconi, Nourrit, Duprez, Lablache, *e tutti quanti*. Convengamos, pues, en que, como dicen nuestros vecinos los franceses, lo primero que se necesita para hacer un *civet* de liebre es la liebre. Ni aquí ni en ningun otro pueblo del mundo es posible crear un teatro lírico nacional mientras no estén formados sus dos primeros elementos: el lenguaje poético-musical, y la escuela de canto. Luégo apuraremos la materia, si á tanto llega la paciencia de usted.

Veamos la segunda cuestion, á mi juicio completamente distinta de la primera. Creacion de un repertorio de música dramática tan genuinamente español como lo son nuestra literatura y bellas artes. Esta me parece cuestion magna, y para hablar de ella pienso que lo mejor es irse con mucho tiento y con todo el órden necesario, á fin de hacer comprender su importancia.

En efecto, si lo que se quiere al crear la ópera española es únicamente abrir ancho campo á compositores y artistas, promoviendo un renacimiento que tal vez pueda conducir á grandes resultados, la aspiracion me parece muy justa, y es de esperar que se realice. Mas para que la consecuencia de esto sea la creacion de un arte dramático nacional, entiendo que se necesitan condiciones *sine qua non*. Un ejemplo hará más clara mi idea. *La vida es sueño*, de Calderon, representada por el trágico italiano Rossi ó por otro cualquiera, inglés, francés ó turco, será siempre un drama eminentemente español, si el actor sabe interpretar debidamente el pensamiento del gran poeta. Y lo mismo puede decirse, y áun con más exactitud, del *Don Alvaro*, del duque de Rivas, de *La locura de amor*, de Tamayo, ó de *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch.

Por el contrario, *Hamlet*, traducido al castellano y representado por el más enjuto y avellanado hijo de Castilla la Vieja, será siempre un drama inglés, y *Le medecin malgré lui*, ó *Le bourgeois gentilhomme* serán comedias completamente francesas, áun traducidas al [illegible] y representadas por andaluces ó murcianos. De otro modo la creacion de la ópera española se reduciria á cantar en nuestro idioma las óperas del repertorio italiano, francés ó aleman. Así pues, se necesitan para llegar á tan alto fin más condiciones que la de cantar en castellano las obras de nuestros compatriotas. Y ¿cuáles son estas? Ya usted supondrá que yo no voy á darlas á conocer en seguida, con la concision y rapidez de una receta de cocina, concluyendo con la triunfante fórmula: *Y es probado*.

Como he hablado y discutido mucho sobre el particular, teniendo á veces que responder á objeciones de varia naturaleza, quiero aprovecharme de la ocasion y de la paciencia de tan buen amigo como usted para sentar varias proposiciones ó preguntas encaminadas al exámen de esta idea. Trataré, pues, de probar:

1.º Que el cosmopolitismo, en arte como en política, es una gran mentira, la cual conduce en el primer caso á los cuadros de Courbet ó á la música de Offenbach, y en el segundo á las victorias de Garibaldi y á las lucubraciones de la *Commune*, de Rochefort, Pyat, etc., etc.

2.º Que el arte español tiene su índole genial reconocida por propios y extraños; y que siendo la música la expresion del sentimiento por medio del sonido, debe tener aún más que la literatura y las artes del diseño, ese especial y característico sello, sobre todo cuando está auxiliada por la palabra.

3.º Que como además de las condiciones de clima y de raza, influyen y forman el arte de un pueblo su religion, segun la cual siente y tiene conocimiento del bien y del mal; su filosofía, norma á que se ajusta para juzgar acerca de lo falso y de lo verdadero; su historia, esto es, el modo de proceder y de vivir en sus relaciones con los demás pueblos; y su imaginacion, que impulsada por todo ello le hace ver las cosas ó las ideas de un modo característico, es indudable que al arte nacional le cumple desarrollarse dentro de la tradicion, aunque se modifique á veces y siempre con ventaja por influencias extrañas.

4.º Que la música dramática española debe tener, por consiguiente, las mismas cualidades y bellezas que nuestra poesía popular, nuestro teatro, nuestra pintura, nuestra arquitectura y todas las producciones de nuestro ingenio; so pena de ser cuanto se quiera, excepto música española.

Y ahora pudiera decir como el portugués que se miraba al espejo, espantándose de la fiereza de su rostro: ¡me asusto de lo que quiero probar!; pero si usted, amigo mio, tiene paciencia para leer, no me ha de faltar á mí para escribir en materia á la que tengo dedicada mi vida toda.

II.

No son necesarios grandes esfuerzos para demostrar la verdad de la primera proposicion. La historia nos enseña los deplorables efectos de tan extraña y nueva manera de fraternidad universal, que en vez de exhortar al rico á la caridad y al pobre á la resignacion y al trabajo, prometiéndoles celestial y eterna recompensa, trata de realizar por medio de convulsiones revolucionarias la utopía de la riqueza universal.

No cumple á mi propósito, ni es oportuno en este lugar, detenerse á examinar tales cuestiones; pero los recientes acontecimientos pueden servir de leccion elocuente á los que sueñan con la república universal, con la desaparicion de fronteras, con la fusion de la humanidad en una gran familia. Y si áun no están convencidos de que cada pueblo debe guardar y guardará su religion, su filosofía, su forma de gobierno, y por consiguiente, su fisonomía peculiar, vayan á proponer á la vencedora Alemania los beneficios de la Constitucion francesa, ó traten de aclimatar en Suiza ó en Bélgica la formidable organizacion de los colosos del Norte. Ofenderia la discrecion de usted prolongando este tema sin necesidad. Si he tocado incidentalmente la cuestion, ha sido para probar que el arte, como todas las cosas del mundo, no puede librarse de la influencia de las ideas y de los acontecimientos, y que hoy más que nunca es preciso guardarse de la inundacion disolvente en que llegarian á desaparecer, por lo ménos á bastardearse, las mayores conquistas del humano espíritu.

Cuando vemos que la jóven y vigorosa república norte-americana, que tantas maravillas ha realizado, no ha podido aún crear, no ya un género literario ó artístico nacido de sus propios elementos, mas ni siquiera un poeta, un pintor, un músico, que puedan competir con los de Europa, lícito es pensar que de agrupaciones tan heterogéneas resultarán adelantos en el órden físico ó en las ciencias que tienen aplicacion á la vida externa; pero no el arte nacional, hijo de la tradicion, alimentado por el recuerdo de las glorias pasadas, por la poesía de la religion y de la familia,

por el sentimiento comun de un mismo pasado y de un mismo porvenir.

Así vemos en nuestro país una idea y un hecho que forman la base de nuestro modo de ser; la religion y la reconquista.

Vemos á nuestro pueblo más amante de sus propios héroes populares cantados en nuestro romancero, que de los de la andante caballería, que servia de pasto á la imaginacion de poetas y trovadores extranjeros. La fé, el sentimiento de la naturaleza divina del alma, el amor de la patria, de la familia y de la mujer, han sido y serán siempre las más hermosas fuentes de inspiracion para el artista poeta. El ateismo, la duda, la indiferencia, la mania de ridiculizarlo todo, ya sea con el dicho presumtuoso *La patrie c'est une question de clocher*, ó con las farsas insulsas de Offenbach y sus imitadores, no producen otro resultado ni conducen á más solucion posible, que la que estamos presenciando en la capital que se llamaba ayer Atenas del mundo civilizado.

No son los desaciertos del gobierno ni los estragos de la guerra los que han conducido á nuestros vecinos á tan deplorable anarquía moral é intelectual. Las doctrinas religiosas, filosóficas, morales, políticas y artísticas que han nacido con la revolucion del año 93, que despues han sido exageradas por los que han dirigido la opinion pública, y que últimamente, los apasionados y propagadores de tales ideas han llevado á un extremo que rechaza todo hombre sensato, por mucho que sea su entusiasmo en favor de la gran idea del progreso humano; esas son la causa única y verdadera de tan espantosa catástrofe.

Ellas han creado la preocupacion que estima la duda como prueba infalible de gran inteligencia; ellas han desorganizado la sociedad y la familia, llegando, por último, á producir como muestra de sublime aspiracion la inmunda literatura *boulevardiere* en teatros y novelas, las farsas de Offenbach y los cuadros y estátuas de *baudoire*, para uso de los viejos de treinta años del siglo XIX. Pero observo que el tiempo corre y el papel se acaba, y quiero concluir. Quede esto así, y no nos metamos en honduras; que alguno vendrá que sepa decir esto mejor que yo.

¿Quién necesita probar que el arte español tiene su índole genial reconocida por propios y extraños? Pues para convencerse de ello, ¿se necesita otra cosa que echar á andar por esos campos y ciudades de nuestro suelo, ó abrir los libros donde se encuentra el rico tesoro de nuestra poesía popular y dramática, ú oir poetizar ó cantar á castellanos, aragoneses, murcianos ó andaluces?

Doloroso es ver que cuando hace años la sábia Alemania se esfuerza en dar á conocer al mundo estas bellezas de nuestra raza y de nuestro suelo, nosotros sentimos, pensamos y procedemos casi siempre á imitacion de los franceses, cuyo carácter tiene con el nuestro tan poca analogía esencial. Cuando Schelegel asegura que «bajo el punto de vista de la nacionalidad, alcanza la literatura española el primer puesto, pudiendo quizá adjudicarse el segundo á la inglesa,» ¿quién puede creer que apenas se representa ni se lee aquí un drama de nuestro teatro antiguo, y que la gran mayoría del público conoce mejor el repertorio de Dumas, hijo, Augier, Sardou, etc., que el de Calderon, Lope, Tirso, Moreto ó Alarcon?

Como dice muy bien don Agustin Duran en su *Discurso sobre la influencia de la crítica moderna en la decadencia del teatro español*: «En ningun país del Mediodía de Europa se formó el carácter nacional tanto como en España de la mezcla exacta de los pueblos del Norte y del Oriente: así es que nuestra poesía es el amalgama modificado de aquellos pueblos. Sin ser tan exacta y filosófica como la de los franceses, es mucho más rica, brillante y flúida; y sin ser tan audaz y exagerada como la de los árabes, es más verosímil y razonable.» Y no solamente el pueblo español se forma con esos dos elementos, fundiendo en el crisol de su historia el primitivo y grosero heroismo godo, elevado y convertido despues en espíritu caballeresco por la religion cristiana, y vistiéndolo con la rica y fastuosa belleza del arte oriental, sino que esta amalgama adquiere en él tan profundas raices, que la influencia extraña no desnaturaliza jamás su índole propia, y sirve, por el contrario, para modificar con ventaja los productos de su ingenio. La influencia de la poesía provenzal, de la árabe, de la italiana sobre la nuestra, sólo sirven para dar nuevas fuerzas y brios al estro nacional, manteniéndolo siempre en la misma aspiracion de ideas y sentimientos. Del renacimiento italiano interpretado por nuestros artistas, nace la arquitectura plateresca, y de la árabe y la gótica la mudéjar, tan genuina y pintoresca: productos tales de la civilizacion de un pueblo animado, por ser un ideal comun y verdaderamente nacional, al cual se dirigen todas las voluntades.

Creo que despues de estas breves observaciones, que los doctos y maestros en artes y letras han expuesto y amplian continuamente con gran copia de erudicion y saber, no es posible negar la verdad de mi tercera proposicion, segun la cual el arte debe desarrollarse dentro de la tradicion, modificándose á veces con ventaja, á impulso de la influencia extranjera. ¿Cómo explicar de otro modo la vitalidad de Shakespeare y de Molière en sus respectivos países, á pesar de tantos trastornos y agitaciones materiales é intelectuales? Franceses é ingleses áun ven en ellos el alma y el pensamiento de la patria y de la tradicion. ¿Podríamos nosotros decir lo mismo de nuestro teatro y de nuestro romancero? ¿Son tan universalmente conocidos y admitidos como lo son las obras de aquellos poetas en el suelo donde nacieron? El pueblo de los campos todavía conserva un resto de tradicion de nuestros romances, y el círculo, felizmente mayor cada dia, de eruditos ó aficionados de nuestras glorias literarias, aprecia uno y otro como ellos merecen. Sin embargo, tan general era el conocimiento de ambos entre los españoles, que los más árduos problemas filosóficos ó religiosos presentados y resueltos segun el criterio español en los autos de Calderon de la Barca, personificacion la más completa del género, servian de pasto á la imaginacion de la plebe en las plazas, iglesias y teatros. ¿Podria hacerse lo mismo en la culta y pensadora Alemania con la segunda parte del *Fausto* de Goethe? Pues esto prueba que cuando el arte se alimenta de ideas ó elementos verdaderamente propios y nacionales, hasta sus más altas cimas son accesibles á todos.

Nadie, y mucho ménos usted, amigo mio, podrá atribuirme el deseo de ver la resurreccion de la antigua España para gozarme en la contemplacion de su inmovilidad, condenándola á eterna parálisis é inaccion. Románticos fueron, en el sentido actual de la palabra, nuestros grandes autores de comedias de los siglos XVI y XVII, como lo han sido tambien los que despues de vencida la influencia clásica francesa representada por Boileau y en España por Luzan y los de su escuela, escribieron obras donde imprime su huella la influencia alemana ó inglesa, sin que por eso dejen de pertenecer al mismo árbol de donde salieron tantos y tan sazonados frutos. ¿Qué abismo no media entre la fantasía mística de Zurbarán, la terrible y dramática de Pereda ó Valdés Leal, y la abigarrada y delirante imaginacion de Goya? Y sin embargo, ¿quién podrá negar que son ramas del mismo tronco ó arroyos nacidos de la misma fuente?

¿Cuáles serán, pues, las condiciones literarias y musicales de la ópera española? Antes de examinar tan árdua cuestion, digna de ser tratada, no en los estrechos límites de una carta, sino con la extension que permite un libro, fruto de largas meditaciones, veamos si puede decirse que la obra está comenzada y que sólo se trata de promover la restauracion ó renacimiento de la música dramática española.

Desgraciadamente áun está por escribir la historia de los orígenes de nuestro teatro en lo concerniente á la parte musical, y sólo podremos saber de un modo seguro qué datos encierran para ello nuestras catedrales, archivos y bibliotecas cuando publique sus trabajos el fecundo y erudito compositor español don Francisco Asenjo Barbieri. Hasta ahora no es posible asegurar que la ópera propiamente dicha haya nacido en nuestra patria, aunque la música tuviese cierta importancia en la representacion de autos, farsas, comedias ó loas de nuestros primitivos dramáticos. Lo mismo sucedió en Francia, Alemania é Inglaterra, aunque algo más tarde; y sin embargo, en ninguno de estos países puede decirse que empieza la verdadera ópera hasta que la influencia italiana propaga en toda Europa y en diversas épocas para cada país, la aficion á este espectáculo, nacido en Venecia, Florencia y Roma á mediados del siglo décimosexto, merced á la inspiracion de Monteverde, Caccini, Peri y otros muchos que imitaron su ejemplo. La influencia del famoso soprano Farinelli durante el reinado de Fernando VI, parece haber sido causa de la introduccion de óperas italianas en España. Pero ni en este período ni en el curiosísimo repertorio de tonadillas que logra despues gran popularidad, vemos hasta ahora nada que pueda autorizarnos á creer que la ópera vivia ya entre nosotros con elementos propios. Posteriormente la influencia de Rossini engendra en nuestro país las obras de Gomis, García, Carnicer, Eslava, Saldoni y otros muchos que escriben dentro y fuera de España; mas á pesar de las bellezas de tales obras, que no siempre siguen ciegamente el gusto rosiniano y á veces tienen tendencias á la melodía popular indígena, la ópera española no adquiere aún carta de naturaleza.

Imposible es examinar las causas de esto en una carta que se va haciendo más larga de lo que yo quisiera; pero es indudable que no ha faltado ni la organizacion musical en el público español, ni el talento en los compositores.

Vemos, por lo tanto, que no se trata de renovar la tradicion, sino de crear la ópera española con arreglo á los adelantos del arte moderno y segun el gusto del dia; problema difícil y que hay que resolver apoyándose en antecedentes diseminados en varias épocas y en diversas obras. ¿Puede creerse que falten en esta tierra las dotes necesarias para ello? No ciertamente: y por lo mismo es de esperar que lleguemos en esta materia á la altura en que resplandecen nuestra literatura y bellas artes. ¿Cuál debe ser la importancia relativa de la música y de la palabra en el drama lírico? Los que como Hegel y Lamartine han creido que la palabra era completamente accesoria, y lo que es más, que la música y la poesía podian á veces perjudicarse, se han alejado tanto de la verdad, como los que por exageracion del sistema contrario han sido causa de las faltas que en el desarrollo del pensamiento musical se ven en las obras de Gluck, Spontini, Meyerbeer, etc.

Si el sentimiento dramático es verdadero y está bien expresado por la palabra, la música no puede sino añadir quilates á su belleza, cuando el compositor sabe cumplir con lo que exigen la verdad de la situacion y el agrado del oido. Tal es la teoría desarrollada por Gluck en el prólogo ó epístola dedicatoria de su ópera *Alceste*, cuando los immoderados elogios de sus partidarios no le habian hecho exagerar el sistema á que habia dado sér y vida.

Temo cansar á usted y á los lectores que me hayan seguido hasta aquí. Por otra parte, encontrándome sin libros y sin los trabajos y apuntes que tengo hechos largo tiempo há sobre la materia, no quiero engolfarme en la cuestion, por no exceder los límites de una carta escrita á vuela-pluma con el solo objeto de hacer algunas observaciones sobre la índole del ingenio español, como estudio necesario á la creacion de un género de música nacional. Si algun dia quiere Dios concederme tranquilidad para poner de bulto, teórica ó prácticamente, la verdad de cuanto más arriba he afirmado, entónces procuraré demostrar cuáles son las buenas condiciones de un *libretto* de ópera, en su plan y estructura, en la creacion de personajes y pasiones, y en la parte dificilísima de la prosodia y de la acentuacion; evidenciando cuán falso y antimusical es el sistema moderno de los efectos de brocha gorda, y el de los contrastes de situacion en que se hacen aparecer simultáneamente en escena una fiesta y una conspiracion, un entierro y un festin, y otras semejantes contraposiciones, que sólo pueden admitirse como excepcion.

Asimismo trataré de probar que la melodía popular, que puede ser un gran auxilio, no es bastante sin embargo para formar un género de música dramática verdaderamente nacional; porque así como la poesía del pueblo no emplea más que ciertas ideas, sentimientos y formas poéticas, así tambien la melodía popular no expresa más que ciertos sentimientos ni emplea más que ciertos ritmos y giros melódicos.

Por muy nacional que sea el romance, no es posible reducir á él toda nuestra poesía, ni es el único metro español. Tiene la mayor importancia en tal estudio, el exámen de las dos tendencias que hoy dominan en Italia y Alemania y que dividen el campo de la música. Wagner y Verdi son hoy sus representantes: el uno se dirige á la inteligencia, el otro á los sentidos, desconociendo las máximas y ejemplos de los grandes maestros alemanes é italianos que han sabido conmover el alma halagando los sentidos.

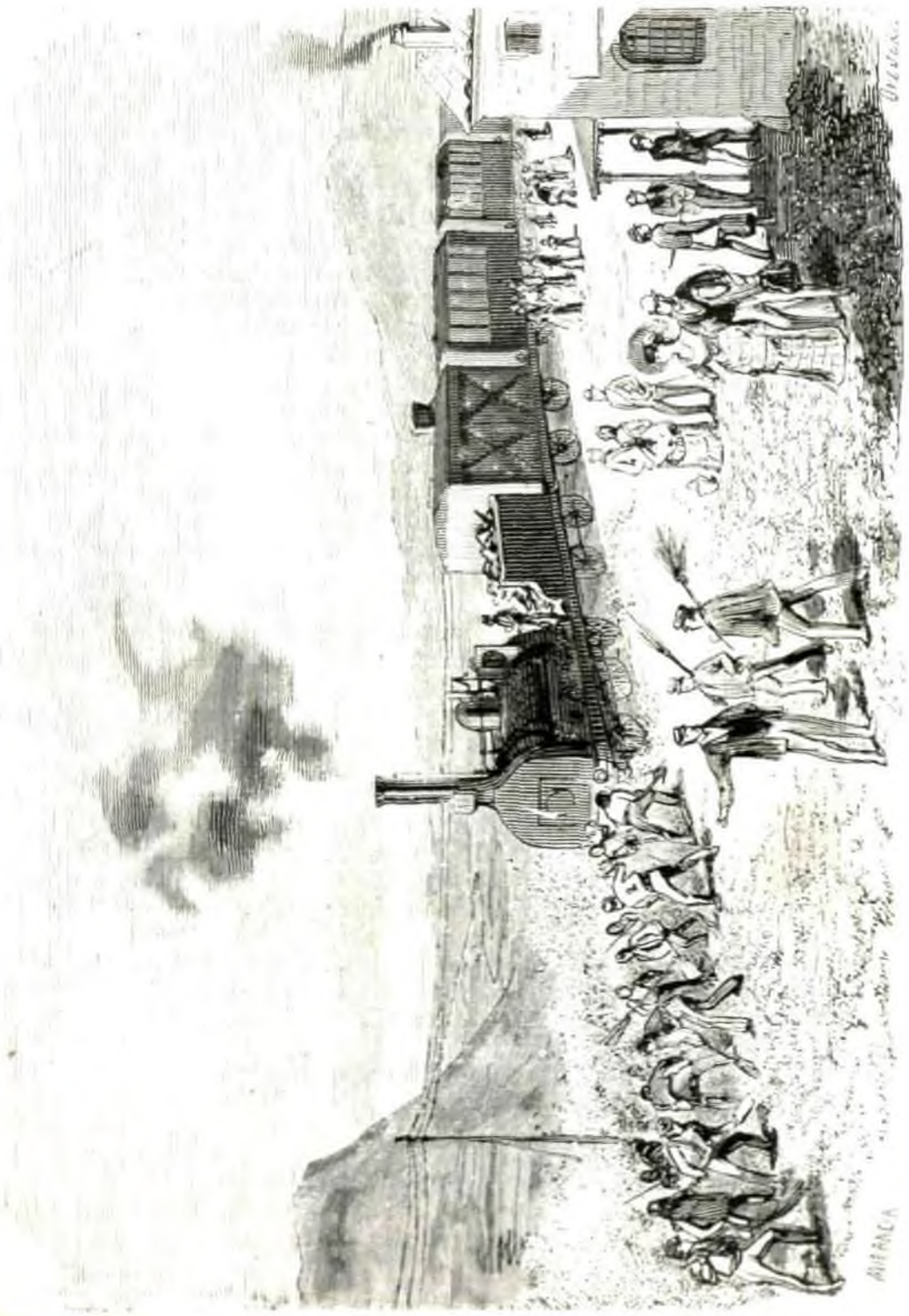
Con esto se relaciona tambien el exámen de la importancia relativa de la armonía y de la melodía, la forma de las piezas de música, su desarrollo y extension, la variedad y enlace de los efectos musicales en armonía con el drama, y muchas otras cuestiones que se originan necesariamente en espectáculo tan complejo como la ópera, que hoy es, por decirlo así, como un ramillete de todas las artes para contribuir unidas á un mismo objeto.

Esperemos que alguno de nuestros compositores se encargue de hacer comprender la verdad de cuanto queda dicho. Parece que ha llegado la hora, si hemos de juzgar por el entusiasmo del público y de los artistas.

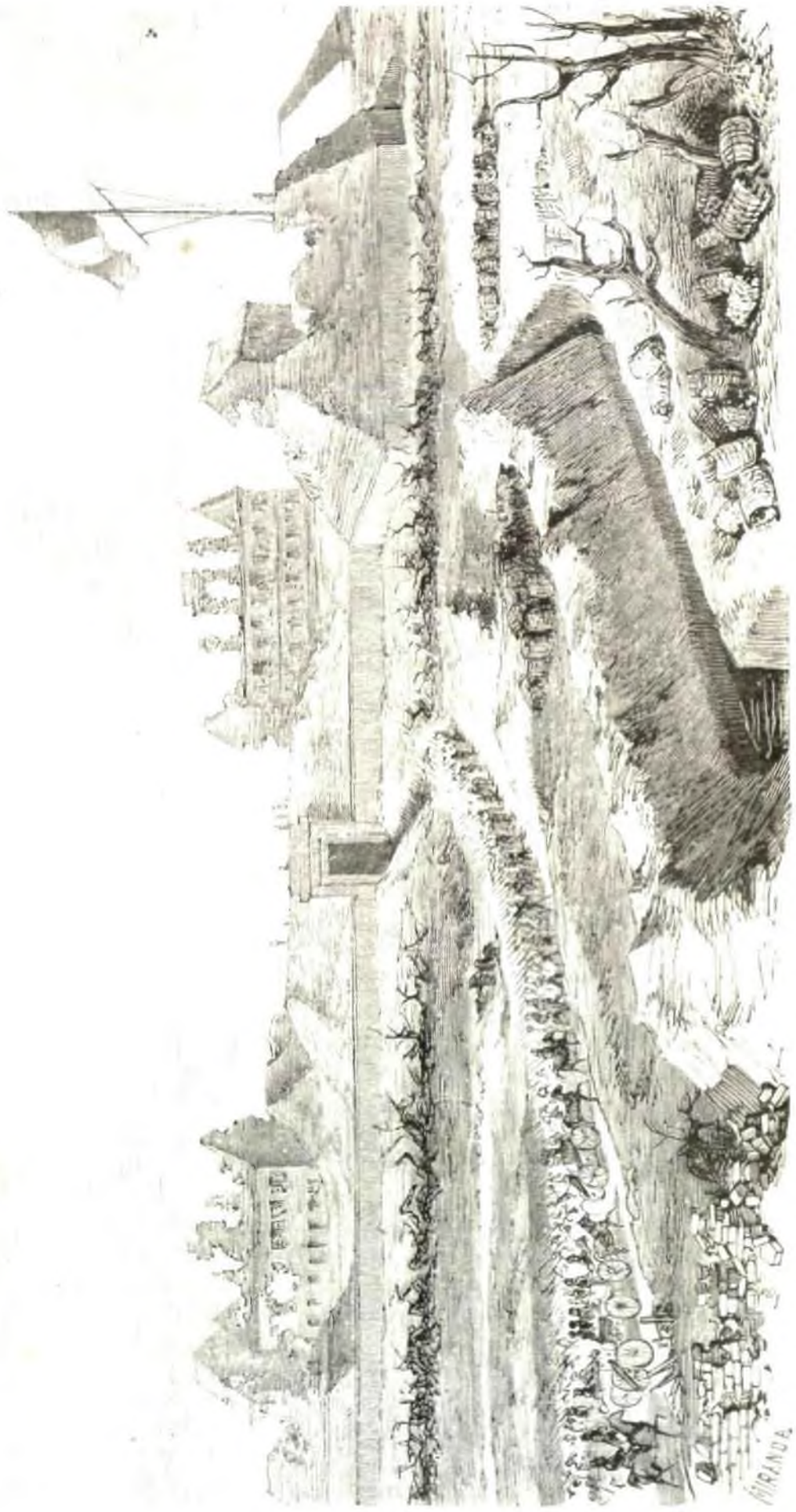
Noches pasadas ví en el teatro de la Zarzuela *El Molinero de Subiza*. En él me pareció hallar situaciones y caracteres verdaderamente adecuados á la música y sumamente poéticos. Por otra parte la ópera del señor Zubiaurre, que tan justamente ha sido aplaudida por el público, es un paso que demuestra no sólo el gran talento de su autor, sino la altura que alcanzan en España los estudios musicales. Cuando una ejecucion esmerada y completamente igual dé realce á esta obra en local más á propósito, se verán claramente sus

MÁLAGA.—TECHO DEL TEATRO DE CERVANTES, PINTADO POR FERRANDIZ (pág. 246).

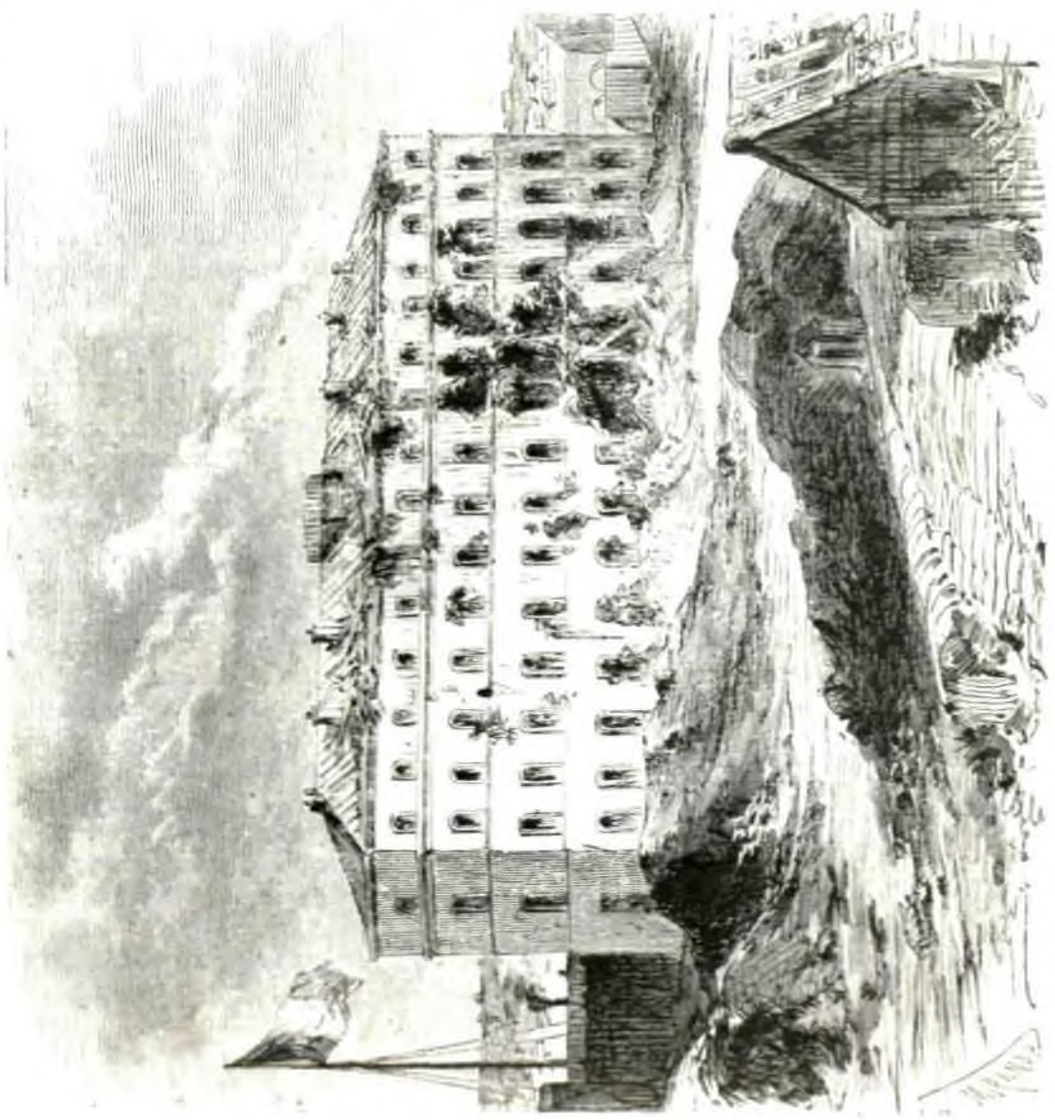
ZOOLOGÍA.—LANGOSTA DE LOS CAMPOS (pág. 261.)



ESPAÑA.—TREN DETENIDO POR UNA NUBE DE LANGOSTAS EN LAS CERCANÍAS DE ALMADENEJOS (pág. 261.)



INSURRECCION DE PARÍS.—ENTRADA DE LAS TROPAS DE VERSALLES EN EL FUERTE DE ISSY (pág. 262).



INSURRECCION DE PARÍS.—ASPECTO ACTUAL DEL FUERTE DE VANVES (pág. 262).

bellezas melódicas, su vigor dramático, y todas las muchas cualidades que encierra.

Como usted tal vez contestará á esta desaliñada epístola puedo creer sin temor que algo habremos hecho por nuestra parte para el logro de empresa tan laudable. Si fuera así, felicitémonos todos. Pero si por desgracia el público y los compositores no logran entenderse, ó porque el primero no sabe apreciar las obras que se le presenten, ó porque los últimos no logren acertar con lo que la opinion y el gusto desean, será preciso creer que en España ha decaido de tal modo la tradicion de nuestro arte, que ya no es agradable á los españoles, ó que no ha llegado aún el momento de que nuestros compositores encuentren lo que todos deseamos.

Perdone usted, amigo mio, que por tanto haya distraido su atencion quien queda suyo afectísimo

GUILLERMO MORETY.

Madrid 29 de mayo de 1871.

(La contesto hoy á esta carta en el almanaque pedroano.)

VERSALLES.—LA ASAMBLEA NACIONAL.

¡Cuán diversos han sido los destinos de Versalles! Este magnífico sitio real, *tour de force* extraordinario de la voluntad de un rey sobre la naturaleza —segun la expresion de un escritor francés,— apenas era, ántes de Luis XIII, sino una aldea miserable y casi desconocida.

Este monarca hizo construir en el bosque de Versalles una modesta casa de campo (en el sitio que hoy ocupa la plaza de Armas), y el fastuoso Luis XIV, para satisfacer, dicen, los caprichos de la más querida de sus damas, trasformó bien pronto el *apeadero* de su antecesor en suntuoso palacio y la pobre aldea en ciudad opulenta.

Faltaba el agua, y esto era un gran obstáculo para los proyectos del rey; pero allí estaba el ingeniero M. Rennequin-Sualem, que no tardó en reconocer las alturas de Marly y llevar las ricas aguas á Versalles, por medio de una poderosa máquina hidráulica, obra maestra de aquel tiempo, elevándolas á una altura de 162 metros sobre el viaducto que áun existe, y que parece desde léjos un monumento romano, respetado por los siglos.

El primer palacio fue engrandecido poco á poco, y en él se encuentran habitaciones bellísimas, perfectos modelos en riquezas y buen gusto: la sala de las fiestas, la de los espejos, la capilla de mármol y pórfiro, el salon de espectáculos, las galerías, las escaleras, todo, en fin, es de un lujo exquisito y de construccion acabada.

Allí tambien están *l'orangerie*, trabajo hercúleo que honra á su autor; los dos Trianon, encantado paraíso de María Antonieta; la prefectura, que ha habitado últimamente Guillermo I; la catedral, los *hôtels* de la chancillería y de la guerra, las caballerizas del rey, y otros monumentos y jardines tan bellos como espléndidos.

Versalles es tambien una poblacion histórica.

En 1685, firmóse allí la paz con la república de Génova; Luis XV concluyó su alianza con Austria, y bajo Luis XVI, en 1783, tuvo lugar la famosa *paz de Versalles*, en virtud de la cual Inglaterra vino á reconocer la independencia de los Estados Unidos.

En Versalles se reunió la primera Asamblea verdaderamente nacional, y por una coincidencia que parece tener algo de providencial, el célebre juramento del Juego de Pelota, que prometió á la Francia revolucionaria de 1791 su primera Constitucion, se verificó en el mismo sitio que ocupa actualmente la Asamblea francesa.

Por lo demás, el grabado que publicamos en la pág. 250 es una copia del natural de la sesion que celebró este alto cuerpo, verdadera representacion de la Francia, el dia 11 del corriente, en la cual M. Thiers anunció que se habia firmado la paz definitivamente con Alemania.

«¡Dichosos nosotros —dice con tal motivo un periódico francés— si la representacion de la Francia, después de haber sancionado los afrentosos preliminares de Versalles, logra ejercer actos de clemencia con los sublevados de París, y dar la paz á nuestra desgraciada patria!»

UNA NUEVA SOCIEDAD SECRETA.

Al fin me resuelvo.—Voy á revelar un tremendo arcano, y sean cuales fueren las consecuencias,—Sé á lo que me expongo dando publicidad al presente escrito; pero hace tiempo que no me arredran los peligros, porque cuando el hombre puede arriesgar en cualquier duro trance, lo tengo en poco, inclusa la vida.

Acaso podrian tambien recaer las resultas de mi imprudencia sobre la persona que me confió el importantísimo secreto; pero ésta se encuentra ya á salvo, ¡loado sea Dios! Por escaparse de una persecucion tal vez imaginaria, quizá se ha libertado de una expiacion real, ó por lo ménos muy temible. Nada hay, pues, que me detenga, y voy á hablar: pongo aquí fin á este preámbulo, y entro á narrar los hechos sucintamente. La historia es esta:

Un jóven de veintiocho años, de cuna ilustre, educacion esmerada, claro entendimiento y bellísimo carácter, favorecido además por la naturaleza con una agradable presencia, realzada por la expresion simpática de un rostro varonil, se hallaba en Madrid hace pocos meses entregado con frenesí á su único vicio, que era el de la pasion política exaltada. Mezclado en no sé qué intrigas y proyectos revolucionarios, huyo barruntos de que, descubiertos éstos, se le consideraba como cómplice, y ya que no agente, concertador de hechos altamente criminales, de que su alma noble y elevada es incapaz por naturaleza.

No fiando bastante de su inocencia, por la cual pondria yo las manos en el fuego, y siguiendo la máxima de aquel que decia que si le acusaran de llevarse hurtada y escondida en el bolsillo del chaleco la Giralda de Sevilla, lo primero que haria seria ponerse en salvo, sin perjuicio de hacer ver desde lugar seguro lo absurdo de la acusacion, mi jóven amigo pensó en huir ante todo y huyó en efecto. Mas el dia que fué víspera de su partida para Norte-América, le pasó, no sé si por precaucion ó por contentamiento, ó por ambas cosas, oculto en casa de cierta viudita, propietaria de unos ojos matadores, de un garboso talle, y de otras prendas largas de enumerar, y de las cuales andaba el pobre mozo locamente enamorado. Serian como las once de la noche, cuando en lo mejor de una conversacion interesantísima, cuyo objeto seria sin duda el concertar los medios de que acabase pronto la soltería del escondido destruyendo de paso la viudez de su encubridora, llamaron á la puerta de la casa con grande estruendo y rumor de voces confusas; accidente que suspendió los deliquios del amante, y llenó de pavor y áun de terror á la viudita. No dudando que venian á buscarle y á prenderle, arrebató su sombrero y galon con otros apatuscos y menesteres que á la mano tenia, como quien venia preparado á emprender un largo viaje; y en pos de una criada, ya amaestrada confidente, se precipitó por una escalera secreta, y no paró hasta encontrarse, como por ensalmo, solo, á oscuras y encerrado por una puerta que sintió asegurar con llave detrás de sí. Repuesto algun tanto del sobresalto, encendió temerosamente un fósforo, y en los pocos segundos en que le duró su auxilio, se reconoció en una especie de sótano enjuto, limpio y enladrillado, que no guardaba sino algunos trastos viejos. Apagada la fugaz y ténue luminaria, sentóse á tientas el pobre escondido en un como banquillo, que arrimado á un rincon estaba; y no bien se habia empezado á entregar á sus reflexiones, cuando le pareció divisar en el rincon mismo una lucecilla, cuya viveza y claridad iba aumentando gradualmente. Acercóse más, y ya pudo cerciorarse de que por aquella parte estaba la habitacion subterránea imperfectamente dividida de otra semejante por un mal perjeñado tabique, y que un resquicio de éste era el que, dando paso al resplandor de algunas luces, habia llamado su atencion. Sacó entónces una navajilla, y trabajando delicada y diestramente, logró agrandar el agujero á punto de poder cómodamente atisbar y oir cuanto á la otra parte sucedia. ¡Cuál no seria su asombro cuando.....—Pero no, no quiero seguir como hasta aquí extractando, sino que he de copiar literalmente desde este punto el manuscrito en que el jóven emigrado me refiere desde Boston la singular aventura. Dice, pues, de esta manera:

«Mirando por aquella especie de rendija, descubrí una estancia, elegante y pulquerrimamente adornada, en cuyo centro habia una gran mesa, con varios tinteros, papeles y demás recado de escribir, y al rededor unos treinta sillones. Un hombrezuelo ya de edad, y con visibles trazas de servidor, pero vestido con grande aseo, estaba ocupado en encender las velas de unos candelabros de bruñido y limpísimo acero, y en hacer otros preparativos por los cuales me di á entender claramente que allí iba á celebrarse alguna junta de gente importante. El lugar, el aparato, y cierto aire misterioso del viejecillo, me convencieron de que, sea lo que fuese, lo que allí habia de tratarse ó practicarse era cosa de gran secreto; y áun me ocurrió la idea de si la reunion que se preparaba seria de conspiradores de pensamientos análogos á los míos. Bien que esta sospecha es tan natural en hombre poseido del demonio de la política, que lo mismo me hubiera ocurrido asistiendo á una cofradía de ánimas, ó á la celebracion de los misterios de Elensis, ó á una reunion de *lamer-nothings* americanos. Confirmó esta sospecha el ver que el aposento se iba llenando de individuos, que allí se aparecian como por escotillon, sin que avisara de su aparicion rumor alguno, ni crujir de puerta, ni áun el ruido de sus pasos. Traian todos corbatas blancas, y chalecos blanquísimos, y en todo su traje y apostura mostraban un aseo y primor, que más denotaba preparacion para un baile ó fiesta de etiqueta, que para una reunion de conjurados: lo cual desconcertaba en verdad todas mis conjeturas. A medida que iban llegando, dos como pajecillos, primorosamente vestidos, les presentaban agua-maniles de plata, donde vertian agua cristalina de unos jarros del mismo metal, y allí se lavaban, ó más bien se purificaban las manos los ya limpísimos concurrentes, descalzándose para ello el guante pajizo ó blanco. Mientras aguardaban los presentes á los más tardíos, iban andando al rededor de la mesa, y contemplando en la pared ciertas inscripciones cuyo contenido repetian en voz sumisa, como quien murmura una jaculatoria. De estas inscripciones sólo distinguia yo desde mi escondite algunas enteras y fragmentos de otras: citaré las que recuerdo:

«*Mundo vile mentre...*»

«*Mondiamoci, ne andate restituzione ecclesia.*»

«*Dexistis vergo filios Israël et ut exeunt Jerusalem.*»

«*Si fuer vis unus, oblivisce omnes.*»

«*Quergi siècle ne puede exercer ulum limpia.*»

«*Lengua que se mueve en observaciones, dígase en de subversive ensamentos.*»

«*¿Qué hace el hombre sirvan en la ciudad, habiendo en el campo estercoleros?*»

Etc., etc., etc.

Llegó por fin un venerable anciano de elevada estatura, noble presencia, brillante y sonrosada calva, cercada de blanquísimos, luengos y ensortijados cabellos, y sentándose en cabecera de mesa, ocuparon los demás los sitiales circunstantes.

Si pulcros y aseados me habian parecido los concurrentes á la Junta, ¿cómo acertaré á pintar el inmaculado y nitidísimo aspecto de su presidente, que á todos los eclipsaba? Jamás recuerdo haber visto figura más simpática. Además de aquella que con tanta propiedad llamó Manzoni *bellezza senile*, de aquel color de nieve y rosa con que brillaba la piel de su rostro y de sus manos, no más arrugada que lo que bastaba apenas á caracterizar una vejez robusta; aquellos ojos negros, aquellos labios rojos, y la blanca dentadura que, desmintiendo la edad, se descubria al través de su benévola sonrisa, los dedos largos y afilados, nada huesosos, y rematando en nacaradas uñas, le granjearon mi entusiasta admiracion. Nada digo de su traje, de su pulcro aseo, de la nobleza de su continente y ademanes, porque excedian á todo encarecimiento.

—«Hermanos mios, dijo luégo con voz sonora, pero de dulcísimo timbre al mismo tiempo, comencemos si gustais nuestra improba tarea.»

Esta invitacion acrecentó extraordinariamente mi curiosidad: no acertaba yo á comprender cómo podia ser ingrata ó desapacible la ocupacion para que se juntaban allí aquellos señores de tan buen parecer y traza, y de tan plácido aspecto. Está visto, dije para mi capote, son conspiradores aristócratas.

Entónces empezó la discusion, que para mayor claridad extractaré en forma de diálogo, designando á los interlocutores por el número del órden con que hablaron.

Socio 1.º—Noble y venerable presidente, carísimos hermanos: Estas que veis sobre la mesa son copias de la Memoria que se me ordenó escribir: hay tantos ejemplares como socios tenemos en Madrid; para nuestros hermanos corresponsales de provincias se están sacando otros iguales traslados. Todas vienen manuscritas, porque no he hallado imprenta, ni taller litográfico en que fuerzas humanas consiguieran la esmerada limpieza, ni la rigurosa correccion propias

de nuestro Instituto: además, hubiera sido necesario comprar á fuerza de oro el secreto, sin llegar á asegurarnos de él completamente: una de las *manchas* que afean modernamente la antigua hidalguía del carácter español, es la incapacidad de toda reserva, y la inseguridad en la promesa del secreto. Si hubiera imprentas servidas exclusivamente por mujeres, tal vez habriamos conseguido hacer impenetrable nuestra edicion clandestina; pero habiendo de encomendarse á hombres, eran muy de temer la delacion y el perjurio. Por lo que hace al contenido de la *Memoria*, yo ruego á la Comision que haya de examinarla, que la medite profundamente. Los datos en que fundo mi opinion, me parecen irrecusables. De ellos deduzco que no debemos, que no podemos levantar el tupido velo del misterio que nos cubre. La Sociedad de los Limpios seria, una vez puesta al *descubierto*, una piedra de escándalo en nuestro pais y en nuestro tiempo. La educacion extraviada, la exaltacion de las pasiones, y de las pasiones políticas sobre todo, la ausencia de todo sentido estético, la materializacion contraria á todo espiritualismo, el desarreglo de costumbres consiguiente, todo, todo, conspira y gana terreno contra los fines de nuestra asociacion. Esta asociacion, si trabajase á la luz del dia, se granjearia la animadversion general: la gran mayoría del pueblo se volveria contra nosotros; seriamos escarnecidos, insultados, perseguidos, puestos en caricatura... Y si no moria nuestra sociedad á manos de la inmunda Partida de la Porra, lo cual no es imposible, tendria una muerte más amarga todavía, la muerte por el ridículo. —Concluyo, pues, como concluye mi Memoria: La Sociedad de los Limpios *no puede ménos de conservar su carácter actual de Sociedad secreta.*

Yo caí como de las nubes oyendo tan extraña perorata; pero no por eso disminuyó mi curiosidad, ántes al contrario: seguí, pues, escuchando, y mirando atentamente, aunque ya comprendí que aquella tenebrosa congregacion tenia por blanco de sus tareas toda limpieza moral y física.

Hubo algunos momentos de triste silencio, hasta que al fin dijo el

Socio 2.º—Pido permiso para anticipar á nuestro hermano, aunque tímidamente, una ligera observacion. ¿No teníamos acordado el no mezclar en nuestros debates la política?

Socio 1.º—Y creo no haber faltado á ese propósito: en la Memoria no hablo yo de sistemas, de máximas, ni áun de partidos, sino de *pasiones* políticas. Lo que en sustancia quiero decir, voy á explicarlo.—La division primera y natural de la sociedad humana en su normal estado, deberia ser la de dos grandes grupos: el de los limpios y el de los súcios. Los limpios de cuerpo, y los de cuerpo súcios; los limpios de manos, y los de manos puercas; los de conciencia limpia, y los de alma enlodazada. Pero la pasion política trastorna esta naturalísima clasificacion: y *por pasion política*, vemos que manos ántes no contaminadas estrechan la impura mano del ladron, del traidor ó del asesino; ó vemos al hombre limpio llamarse *correligionario* (¡qué blasfemia!) del miembro más impuro y corrompido de la sociedad, del presidiario y del bandido, del falsario y del traficante de su honra.

Socio 2.º—Si así es, quedo satisfecho.

El Presidente.—Esta *Memoria* pasará á la comision nombrada para su exámen.—Toca ahora el turno de *Observaciones* á la seccion de *Higiene* y *Aseo material*.

Socio 3.º—Pocas palabras diré á su nombre.—Siguen en Madrid en progresion ascendente el desaseo y la inmundicia.—Suciedad pública; suciedad privada. En las calles polvo, lodo, basuras de toda especie, residuos vegetales y animales, montoncitos y arroyitos (cuando no son colinas y lagos) formados con el resultado sólido y líquido de la digestion de todo bicho viviente, y con los cadáveres y restos mutilados de todo bicho muerto.—En los mercados y otros lugares de venta pública de comestibles, nubes de moscas, tábanos y abispas; rebaños de hormigas, correderas, ratas y ratones: acumulacion de todos los despojos, filtraciones, huesos, plumas, escamas, cuernos, pezuñas, cáscaras, cortezas, tronchos y hojas podridos, sangre, tripas, etc., que pueden dar asco al estómago más fuerte, y ahuyentar hasta la idea del apetito en el más voraz y hambriento gastrónomo.—En toda tienda donde se venden géneros comestibles, desde el queso hasta el onfite,c desde el pastel á la castaña pilonga, todo se sirve y despacha con la mano (y qué manos!), se espolvorea con cenizilla de cigarro, se aromatiza con humo de tabaco, y se envuelve, con pocas excepciones, en papel impreso soltando tizne y chorreando aceite.—En las fondas y cafés, humo de luces y de tabaco, aire corrompido, emanacion de todos los gases ménos el oxígeno, ceniza, polvo, barro, escupitajos, manchas, grasa, mugre, tizne, hollin, charcos de todas las bebidas, restos de todos los manjares, manteles que parecen mapas, servilletas que parecen rodillas, rodillas que no se parecen á nada. En los templos polvo, lodo, telarañas, orin y moho; chorreones de humedad, plastones de cera, bancos desvencijados y llenos de carcoma, pilas con un líquido oleaginoso que ha reemplazado al agua bendita; pavimento desigual, regado por los fieles acatarrados y asmáticos; monagos con los zapatos y las sotanas ménos negros que las uñas y las caras, con sobrepellices ménos blancas que las sotanas y con la *poblada* cabellera virgen de todo género de cepillo, escarpidor ó lendrera. En los teatros, costra de suciedad, grasa *por abono*, atmósfera de fósforo y nicotina; y al levantarse el telon hedor indescriptible que vuelca, atafaga y asfixia...

Una voz.—Basta, basta por caridad.—*(Varios socios se desmayan: el portero y los pajes distribuyen pomitos de esencias y de sales inglesas, y pasean por la estancia aromáticos pebeteros.—Pausa y silencio.)*

(Se continuará.)

Antonio María Segovia.

BANQUETE FRATERNAL.

España y Portugal son dos naciones hermanas, pedazos (por decirlo así) del mismo tronco.

Siempre siguieron por igual camino en las distintas épocas de la historia: en las conquistas, en los descubrimientos, en la civilizacion, en el progreso. Al lado de Isabel *la Católica* aparece Juan II *el Perfecto*. Colon y Elcano á la par de Vasco de Gama y Magallanes, Cervantes inmediato á Camoens.

Portugal y España son dos naciones desde el reinado de Felipe IV; pero siempre han sido una misma en cuanto á la identidad de su historia, de sus costumbres, de sus aspiraciones, y justo era que se diesen mútuamente una prueba más de los estrechos vínculos que las unen, y no dársela por medio de embajadas diplomáticas (que son mentidas no pocas veces), sino espontáneamente, con la franqueza del verdadero amigo que abre los brazos para recibir y estrechar en ellos á otro que le honra con su visita.

Esta prueba se han dado Portugal y España en el dia 16 del corriente: representantes de la prensa portuguesa, de las Cámaras, del comercio, de las ciencias, llegaron á Madrid con motivo de la célebre romería de San Isidro, y los individuos de la prensa española se apresuraron á recibir fraternalmente y obsequiar á sus nobles huéspedes.

Preparado todo de antemano para la solemne recepcion de los lusitanos, se celebró un banquete en la noche del citado dia en la espaciosa é histórica sala llamada de las Columnas, de la Casa de Villa, la cual se hallaba decorada con multitud de banderas, escudos y gallardetes caprichosamente colocados, formando un magnífico golpe de vista el agradable concierto de los colores rojo y amarillo, emblemáticos de la bandera española, con el azul y blanco, que distingue á la de Portugal.

Poco despues de las siete y media de la tarde dió principio la espléndida fiesta, en la cual el señor Lhardy—dicho sea de paso—se acreditó una vez más de *non plus ultra* en el arte culinario, ofreciendo gran variedad de exquisitos y delicados manjares.

La banda de música del regimiento de Cantábria y la de Beneficencia contribuyeron tambien á amenizar la reunion, tocando alternativamente escogidas piezas durante la comida; y llegados los postres empezaron los portugueses á demostrar su gratitud por medio de elocuentes brindis, que terminando todos con un entusiasta grito de *¡Viva España!*, varios periodistas y literatos españoles contestaron con otros brindis no ménos elocuentes, y no faltaron algunos poetas que leyeron sonetos, romances y otras composiciones alusivas al acto.

Brindó tambien el señor Castelar, el orador eminente, y pronunció un discurso elocuentísimo, que fué aplaudido con entusiasmo; pero este discurso merece artículo aparte, y de él nos ocuparemos en uno de los números próximos.

Concluido el banquete á las once de la noche, se trasmitieron á Lisboa, por conducto de la Agencia Fabra, los siguientes telégramas:

«La prensa española, enlazada en cariñoso abrazo con los representantes del pueblo portugués, al terminar el banquete celebrado en honor de la nacion lusitana, saluda á sus hermanos de Portugal, y hace fervientes votos porque esta fiesta fraternal y patriótica se renueve frecuentemente.

¡Viva Portugal!»

«La prensa española agradece cordialmente á la empresa del ferro-carril de Lisboa la generosa iniciativa á que debe la visita de los representantes de la prensa y pueblo portugués.»

Esta magnífica fiesta, que hará época seguramente en los fastos de las dos naciones hermanas, está representada en el grabado de la pág. 257, dibujo del señor Miranda, que asistió al banquete en nombre de la redaccion de La Ilustracion Española y Americana.

Un gran pensador, escritor ilustre, supone que Portugal y España están destinados por la Providencia á ser los regeneradores de la raza latina en ambos continentes: por lo ménos, fiestas como la celebrada el 16 del corriente en el salon de Columnas del Ayuntamiento, contribuirán á estrechar los vínculos de las dos naciones hermanas.—X.

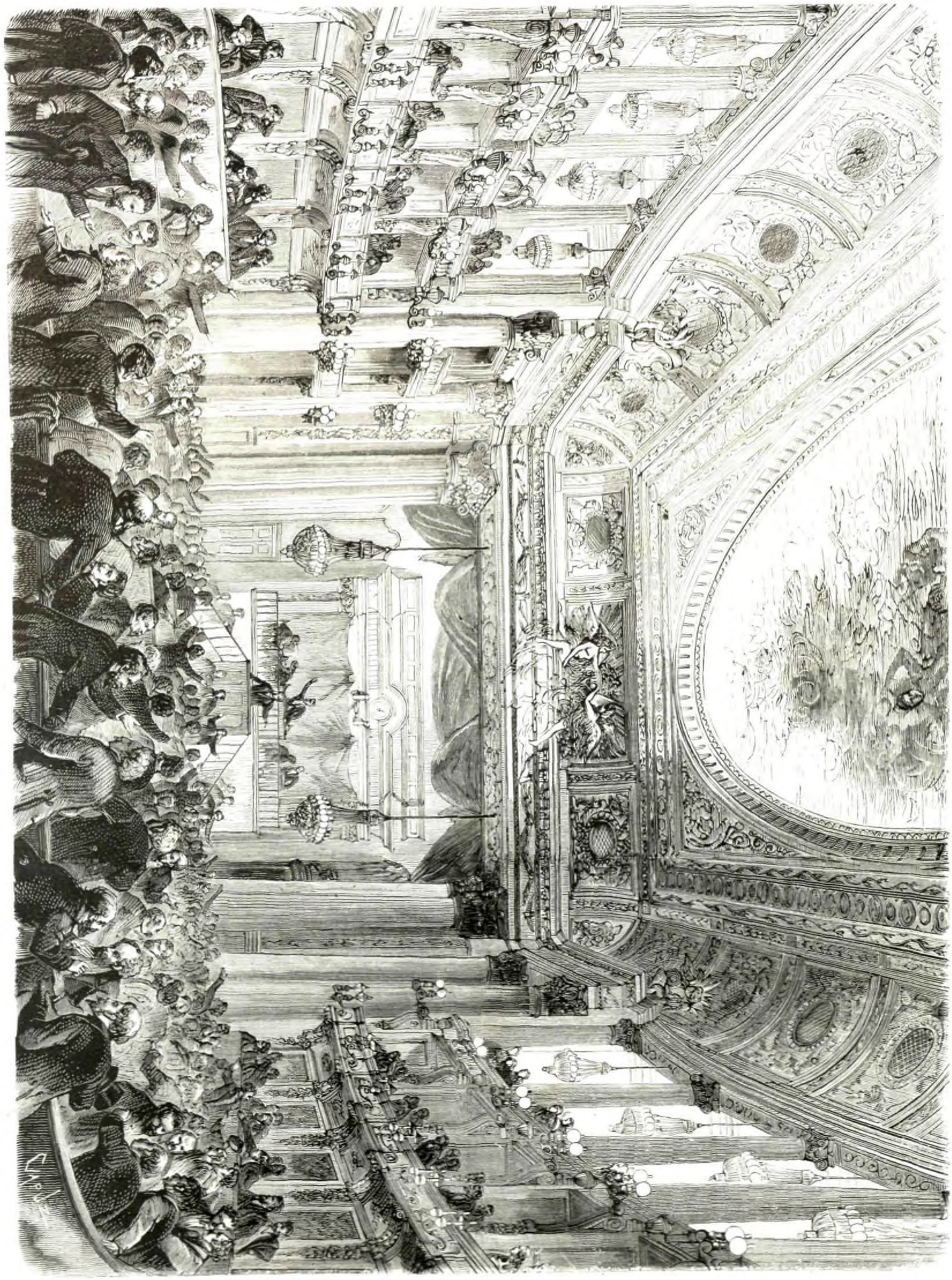
REVISTA ACADÉMICA.

La Academia Española.—Sus trabajos y recientes publicaciones.—Sus Memorias.—Tres poetas contemporáneos, discurso de don Patricio de la Escosura.—La Academia Nacional de Nobles Artes.—Labores en el último ejercicio.—El naturalismo artístico de Velazquez, discurso de don Pedro de Madrazo.—Recepcion del señor Cubas.—Su discurso y la respuesta de don José Amador de los Rios.

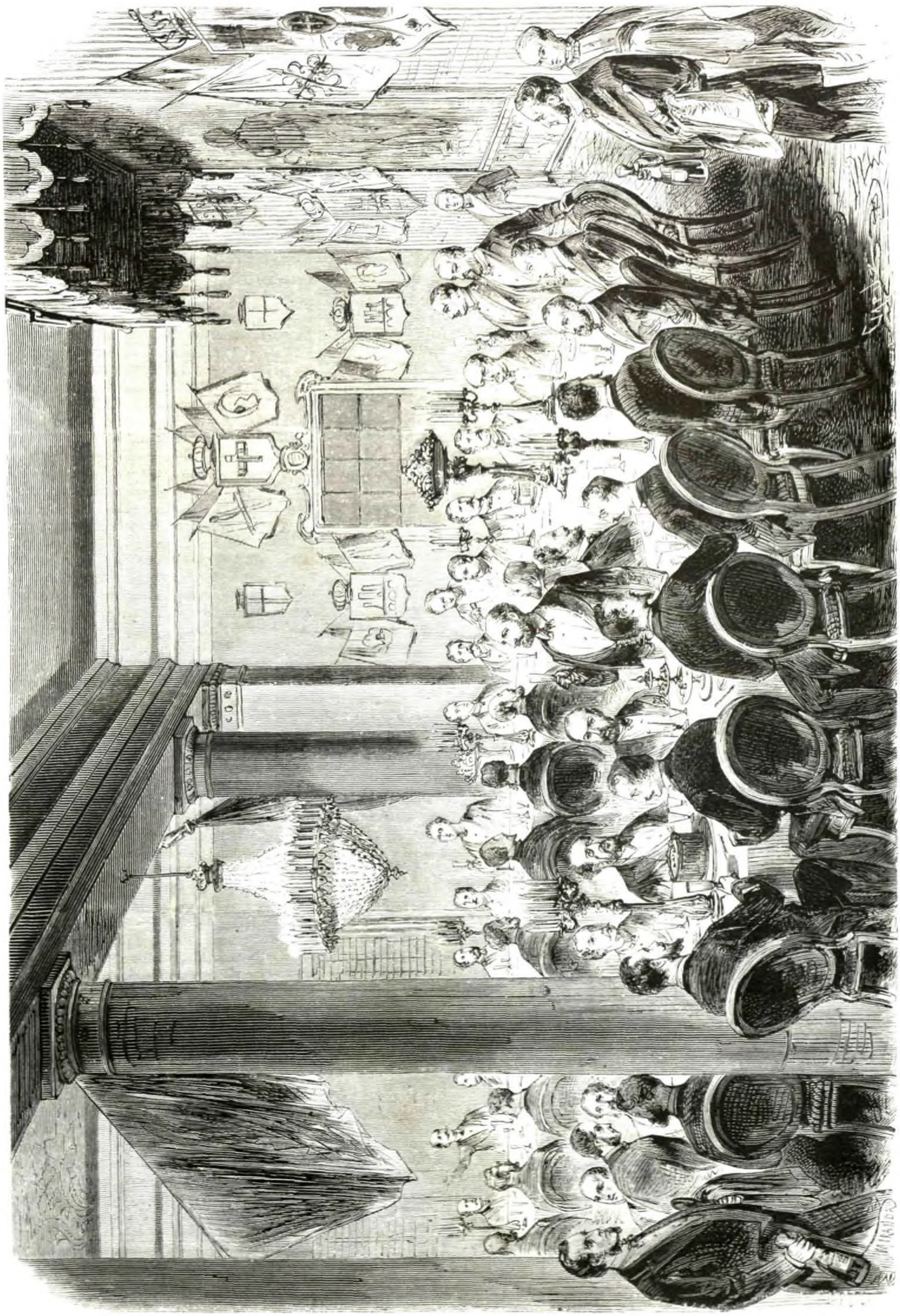
ARTÍCULO SEGUNDO.

Una de las señales del atraso intelectual de España, más grande y peligroso de lo que generalmente se cree, puede descubrirse, si no nos equivocamos, en la indiferencia que acompaña á cuanto se relaciona con los monumentos de las edades pretéritas que intactos, arruinados ó confundidos, llegaron hasta nosotros. Es caso harto frecuente, por desgracia, oir á hombres que gozan la opinion de cultos, mofarse de anticuarios y arqueólogos, diciendo que sus aficiones constituyen una dolencia del entendimiento más ó ménos graduada, y que sus esfuerzos no conducen á nada realmente útil, fecundo y provechoso para el adelantamiento de la humanidad. Censuran otros la manía de las cosas antiguas, entendiendo que significa oposicion sistemática al sentimiento de progreso que mueve á los pueblos modernos, si ya no es que anuncia un deplorable cariño hácia doctrinas é instituciones que deben ser puestas en olvido por cuantos apetezcan el predominio de la libertad, de la razon y de la justicia. Combinándose de este modo los errados juicios del vulgo ilustrado, con la ignorancia de las muchedumbres, por lo que toca á estas materias, no es de extrañar que nuestra patria, tan rica en espléndidas manifestaciones de la cultura nacional en los distintos periodos por que pasó su crecimiento, sea tambien uno de los países, entre los realmente más adelantados, donde con mayor desden y desvío se miran los restos venerandos de la antigüedad. Y debe esto sentirse tanto más, cuanto que implica el desconocimiento de lo que constituye el verdadero nervio y fundamento de toda civilizacion; es tanto más de deplorar, cuanto que pone de manifiesto ante el filósofo uno de los muchos indicios de la flaqueza, lentitud y ruindad de nuestros progresos.

Precisamente el conocimiento de lo pasado, bajo sus diversas relaciones, interesa, por extremo, á cuantos pretendan segundar las tendencias más puras y constantes de la época moderna; que en ese arsenal no sólo se recogen argumentos poderosos para justificarlas, sino altas enseñanzas de que la inteligencia bien dirigida ha de obtener provechosas aplicaciones. Si queremos, ya averiguar los errores en que cayeron nuestros antepasados para precavernos de iguales tropiezos, ya seguirlos en sus encumbradas proezas, abra-



VERSALLES.—SESION DE LA ASAMBLEA NACIONAL PARA RATIFICAR EL TRATADO DE PAZ (Pág. 256.)



MADRID.—BANQUETE EN HONOR DE LOS PERIODISTAS PORTUGUESES (pág. 259)

Cano Asensio. Lopez. Aguado. Escobar.
Mercadal. Fabra. Grande.
Castelar. Sanchez Guerra. Miranda Alvarado. Hamilton. Navarrete. Leonida. Chaperon. Albes Matheu.
Olivera Pino. Alonso.

mos el libro de la historia; mas la historia no se encuentra completa y sin mácula en las obras literarias que pudo engendrar la pasion ó escribir la pluma cautiva con los lazos del temor, el agradecimiento ó la codicia; la historia, en su concepto más amplio y en toda su pureza y verdad, existe en los monumentos que el tiempo respetó y que ahora se nos exhiben cual no retocadas fotografías de instituciones y cosas que siempre debieron tener para nosotros grandísimo atractivo.

Pero no sólo bajo este punto de vista reclaman toda nuestra atencion las investigaciones que toman por blanco la cultura de las edades que fueron. Para seguir al arte en sus florecimientos y decadencias, ver cómo se ha dilatado la industria en sus diversos modos, y recorrer la huella de las costumbres públicas y privadas, de la literatura, de la ciencia y hasta de la religion, en cuanto á sus contactos con la vida civil y con el órden político, forzoso es de todo punto enaltecer este linaje de pesquisas, conservar los elementos que caen dentro de su jurisdiccion, y convertir la ciencia arqueológica en un organismo regular que funcione constante, ordenada y desembarazadamente.

Tales consideraciones acudian á nuestro ánimo escuchando quejarse al diligente secretario de la Academia Nacional de Bellas Artes, de la incuria con que autoridades, corporaciones y pueblos acogen los consejos de la docta sociedad cuando á ellos se dirige pidiéndole, ora la reparacion de un edificio que se derrumba, ya el respeto de otro, sin necesidad ni provecho mutilado ó destruido. Oiamos por décima vez la exposicion de estas querellas, y sobre condolernos por nuestro pais y por nuestro estado moral é intelectual, deplorábamos de todo corazon que no le fuera dado señalar la causa generadora de la dolencia. Cúlpase á las comisiones y ayuntamientos de abandono é incuria, y sobra la razon; censúrase el desvío de los particulares, si ya no es su conducta bárbara é incalificable, mas no se asigna el tanto que á la administracion corresponde en estos males, no se apunta la gravísima responsabilidad en que tambien incurrieron é incurren los gobernantes. Comprendemos que el señor Cámara no lo consignara en la «Memoria» del último ejercicio académico, á cuya lectura asistimos con tanto gusto, mas nosotros podemos decirlo: En un pais como el nuestro, donde el gobierno lo ha sido todo, motivo hay para vituperarle por lo que ha hecho ó por lo que dejó de hacer; y lo cierto es que cuantos rigieron á su talante la cosa pública, preocupáronse poco ó nada de cipos, tesseras, capiteles, diplomas, torsos, tripticos y demás antiguallas, pagando excesivo tributo á las cuestiones de personas, verdadera sustancia del mayor número de nuestras convulsiones y luchas políticas.

Algo se dispuso, sin embargo, en el curso de los últimos lustros; algo se hizo para salir de la vergonzosa inercia en que dormitábamos. Creáronse las comisiones provinciales, se nombraron varios inspectores de antigüedades, fundóse la Escuela de diplomática, se organizó el cuerpo de archiveros y anticuarios, y por último se ampliaron las facultades de las Academias de la Historia y Nobles Artes, decretándose tambien la ereccion de un Museo arqueológico. Mas ¿por qué callarlo? Estas medidas y mejoras no dan los frutos que debieran esperarse por dos motivos principales, entre otros más secundarios; primero, el predominio del nepotismo, en el ámplio sentido en que hoy se usa esta frase; segundo, la anarquía que en este ramo se advierte como consecuencia de su organizacion defectuosa.

Hablar de nepotismo á la española, es hablar de lo que priva en política: ésta es, pues, la que influye comunmente en ciertos nombramientos; ésta, con el cortejo del favor y del interés privado, la que suele sobreponerse á las legítimas conveniencias de la patria. Con la experiencia de que las leyes y reglamentos siguen los altibajos de las banderías, sirvense los destinos, siquiera sean ó debieran ser facultativos, sin entusiasmo; cada cual, modelando su conducta en el proceder de las eminencias, vive al dia, atiende á la nómina, y pocos y singulares son los que hallan gusto y contentamiento en un puesto que desempeñan, porque en España, de no nacerse ricos hay que optar entre morirse de hambre ó ser empleado. En nuestro pais, triste es decirlo, el cultivo de la antigüedad como ciencia, no produce lo indispensable para vivir, no obstante de haber quienes viven haciendo como que se ocupan de monumentos y antigüedades.

En órden á las comisiones provinciales, cuyo marasmo censura tan atinadamente el señor Cámara, cuanto se diga es poco. Mas ¿cómo hemos de pedir entusiasmo á sus miembros, si ocurre con frecuencia que los vocales de ellas, que por razon de sus destinos estaban obligados á ser los más celosos y activos, son los más remisos y renuentes? Tanto habríamos de decir sobre esto, que estimamos más cómodo guardar silencio; bueno es, no obstante, quede consignado el desden con que, salvas excepciones honrosas, suelen mirar los delegados del poder estos asuntos, jactándose á veces de no entender de ellos ni atribuirles la menor importancia. Mucho hay que reprochar á los particulares; pero los cargos más fuertes habrán de dirigirse contra los que empuñan las riendas del Estado y el espíritu que informa la administracion. Esta es la hora en que ni existe cátedra alguna de arqueología en ninguna de nuestras universidades, ni se han nombrado presonas competentes y desinteresadas que averigüen la organizacion de los museos de antigüedades del extranjero; éste, en fin, el dia en que no disfrutamos de una corporacion que exclusiva y constantemente entienda de estas materias y que sea el centro de donde parta la iniciativa para todos los cuerpos esparcidos por las provincias.

Además de la parte que en la conservacion de los monumentos arquitectónicos, de escultura y pictóricos corresponde á la Academia, tiene más determinadas atribuciones en lo que podríamos llamar el arte viviente. Muchos informes y consultas ha evacuado; hízose eco de numerosas quejas, y no siempre fué desatendida; la Memoria que analizamos comprende la enumeracion de las labores en el último ejercicio, y reseña las ventajas obtenidas en más de una ocasion, revelando siempre generosos y plausibles conatos.

Trajo la falta de recursos, casi absoluta, que se paralizaran completamente los trabajos de las publicaciones emprendidas por la Academia con tan sincera aprobacion de las personas entendidas. Consecuencia este hecho del predominio del personalismo, deber nuestro es puntualizarlo, para que quien pueda y deba acuerde su remedio. Una nacion donde la cifra del presupuesto de instruccion pública resulta ridícula si se la equipara con los millones afectos á guerra, cesantes, gestion económica, gastos de representacion, policía política, pensiones patrióticas, etc., tiene que ser una nacion muy ignorante y muy desgraciada.

Murieron en el periodo que se historia dos académicos, los señores don Aníbal Alvarez y don Narciso Pascual y Colomer, ambos arquitectos reputados. Bosquejó el señor Cámara la biografía de cada uno con sóbria frase, no tan somera que callara los méritos y el vacío que dejan los finados en la corporacion. Manifestó asimismo la eleccion del señor Cañete para cubrir una vacante, y el próximo recibimiento de los señores Cubas, Parmaroli y Cueto, anteriormente nombrados. Remitiendo á la «Memoria» al que desee mayores detalles, hemos de ocuparnos ahora, aunque brevemente y como de pasada, del discurso que leyó el académico don Pedro de Madrazo en el acto de reanudar la Academia sus interrumpidas tareas y sesiones.

Anunció el distinguido literato, al comenzar la lectura de su papel, que utilizando preciosos documentos proponíase probar contra la vulgar creencia cómo el arte naturalista español del siglo XVII, personificado en el gran Velazquez, fué única y exclusivamente obra de la gigantesca fé de nuestros artistas, que no protegidos, sino protectores, pueden llamarse en realidad del Estado decadente que personificó el rey Felipe IV.

Debió ser esta la intencion con que nuestro académico emprendió su trabajo, si bien la fuerza de los hechos parece haber ocasionado que el discurso, ántes que el exámen de un argumento técnico ó de un tema de estética, sea la más ágria cuanto merecida invectiva contra el reinado y la corte del que en nuestras historias se conoce con el encomiástico nombre del «Gran Filipo.» Conocida es la competencia del señor Madrazo escribiendo sobre puntos artísticos: pocos serán los que no hayan admirado la galanura de su estilo en las poéticas narraciones de los «Recuerdos y bellezas de España;» pero lo que hasta ahora no habia salido de su bien tajada péñola, era un boceto histórico-político tan enérgico, libre é imparcialmente trazado, como el que con toda sinceridad aplaudimos y recomendamos á la atencion de nuestros lectores. Si en un párrafo el intencionado escritor, juez inflexible pero justo, enumera el catálogo de flaquezas que afean el proceder de aquel monarca mezquino, vicioso, sin carácter ni decoro, mediante cuyo consentimiento se confundia al egregio artista con los bufones que entretenian su régia holganza y con los mozos de su retrete; en otro presenta la desnuda faz de aquella sociedad corrompida, que vive entre el fanatismo y la ignorancia, la supersticion y el envilecimiento. No tiene rebozo el señor Madrazo en decirlo, que fuera mengua ahogar la verdad cuando pugna por salirse del pecho: «el rey, los proceres, el pueblo, exclama, marchaban todos á un mismo compás: todos mintiendo, aquél las virtudes de los buenos príncipes; los otros la lealtad y el desinterés; el último la dignidad del antiguo carácter español...» Y como si no le pareciera bastante esta pintura asaz significativa para darnos el sombrío cuadro de tan vergonzosa decadencia, recuerda que ese mismo rey abandona el gobierno en mano de privados que le deshonran para ocuparse en romper cañas y rejones, pedir deleites á sus mancebas y comediantas, si es que no acude á la brama de venados en Balsain ó á la caza de palomas en la Ventosilla. Rapiña, fraude, desidia, sensualidad, inercia, conspiraciones tenebrosas, crímenes horrendos, grosero fanatismo; hé aquí los rasgos prominentes que para el señor Madrazo se ofrecen en aquel famoso reinado, fruto legítimo de la política que entronizó en España la dinastía austriaca.

Sobre fondo tan oscuro convenia aplicar toques luminosos que entonaran el lienzo. No de otro modo se acreditaba la reconocida habilidad del académico pincel, ni la desfavorable impresion recibida vendria á modificarse en mejor sentido. La sombra quedaria toda del lado de la realeza; la luz iba á caer sin violencia, limpia y brillante sobre la hermosa figura de Velazquez, gallardamente dibujada. En la lucha y contraste de estas dos majestades, la de la casualidad y la del genio, no podia vacilar el que ha escrito esta valiente máxima: «la sagrada llama del arte es la más alta nobleza otorgada al hombre.» No titubea el señor Madrazo, ántes bien hunde al monarca en los abismos de sus propias faltas y encumbra al artista hasta trocarlo de protegido en protector del que, imaginando honrarle, cuando se detenia para que le trabajara su retrato, en realidad era el honrado. Semejante primacía aparece plenamente justificada. En medio de la general depravacion, á despecho de la ruina de todo lo que pudiera realzarnos, mantiénese enhiesta y hasta se acrecienta y mejora la pintura, revistiendo un idealismo naturalista que pugnaba con los defectos más arraigados en aquella sociedad. Y esto se debe á Velazquez y Murillo; al primero especialmente, que toma la vida real por modelo, y se posesiona del mundo objetivo, y siente la forma como no la sintió la generalidad de sus contemporáneos, é interpreta magistralmente la naturaleza, penetrando hasta en lo más recóndito de ella, y pudiendo despues relajar un tanto la rigurosa disciplina del contorno para perderlo, juntamente con los accesorios de que el ojo humano no siempre se dá cuenta, en la atmósfera de la perspectiva aérea. Persistiendo en esto llega Velazquez á convertir sus cuadros en mágicas apariciones de la misma naturaleza viva y activa que tenia diariamente ante los ojos la fastuosa corte de Felipe, mas no con el semblante habitual de su infortunio, sino con el que á veces tomaba, presentando fugaces vislumbres de su extinguido esplendor y prosperidad.

Amante idólatra de la verdad cuando la mentira se enseñoreaba por todas partes, buscóla el pintor de las *Meninas* con ingenuidad heróica, y sin curarse de sacrificar nada á lo que se llamó bello ideal y argüia el divorcio de la naturaleza y la idea, consiguió idealizar esa misma naturaleza, levantando la pintura española, que ántes cifraba todas sus esperanzas en los frutos bastardos del árbol injerto que en Castilla cultivaban los artistas de extraccion italiana, á una altura que no ha alcanzado en nacion alguna el arte realista moderno.

Nótese con cuánta novedad restaura el diestro académico el retrato del inmortal Velazquez: véase cómo la crítica, bajo su férula, se aparta de las trilladas veredas y entra en el camino que le marcan los adelantamientos del saber contemporáneo. Y juntamente con estos juicios tan oportunos como equitativos, asienta Madrazo principios y doctrinas que inauguran en la esfera de la crítica académica, no en el campo de los esfuerzos privados donde ántes de ahora se manifestaron, tendencias y direcciones hasta el presente allí harto extrañas y desconocidas; y tiene el valor que se necesita para oponerse á las imaginaciones predominantes entre los estéticos, proclamándose rebelde del arte por el arte. Quiere y defiende el arte para lo verdadero, para lo justo y para lo santo, que ni subordina la facultad estética á la antigua tutela de la religion y del Estado, ni á la necia vanidad de los derramadores de sangre humana.

Reclámanse al presente por los dichosos goces, sensuales, á toda costa, y no han menester del arte severo, hijo de la molesta civilizacion del cristianismo; por eso la pintura recorre senderos peligrosos y excusados, y no se inspira en los preceptos que habrán de ennoblecerla, sino en las menguadas exigencias de la pasajera moda, el fausto, el orgullo y la concupiscencia. Obra meritoriamente el señor Madrazo expresándose de esta suerte, aunque es de rigor que no sólo reconozca considerables progresos en el arte moderno, tanto en el concepto técnico como en lo que mira á la idea, si tambien que se desemboce partidario del arte docente; que en realidad de verdad, es el único que merece los honores y las prerogativas propios de una institucion social.

Al terminar su discurso lo ha dicho: «El arte es en la tierra un sacerdocio.» Siendo esto así, el arte es una norma, una enseñanza, un magisterio, una luz que esclarece las excelencias de la humana dignidad, un reparo opuesto á cuanto rebaja, pervierte y humilla: y el gran arte será aquel que estimule y fortalezca los conatos generosos de nuestra conciencia, aquel que castigue el vicio y galardone la virtud; aquel, en fin, que no se circunscriba á halagar los sentidos, con la concertada armonía de tintas y colores, sin que aspire á triunfos más duraderos y columbre fines más nobles y elevados.

Resulta, pues, de las afirmaciones más culminantes del discurso que tenemos ante la vista, que los elogios prodigados á Felipe IV, tomándose por base las mercedes que otorgara al pintor hispalense, quedan asaz mermados, si no totalmente destruidos, viniendo por tierra al empuje de los documentos que el Archivo de palacio facilitó inocente é incauto al curioso investigador. Léjos de favorecerle, la sacra y católica majestad, como diz que se decia, explotó codicioso al fecundo y bizarro artista, cobrándole con creces los exiguos beneficios que como migajas de su largueza le arrojara. Felipe IV toleró que un oficial estólido de su casa barajara á aquel príncipe del genio con la tropa donde formaban el bobo de Coria, el enano inglés, los barrenderos, los encargados de los lebreles y los bufones, y otros séres abyectos, inscribiéndose su ilustre nombre en la nómina de los criados palaciegos de la más baja estofa. Felipe IV tasó hasta las sonrisas benévolas con que premiaba al que con sus lienzos peregrinos habria de inmortalizarle; mas la posteridad ha reclamado contra pacto tan leonino, y la hora ha sonado de la justicia. Y no fué ¡oh secretos del destino! el maldiciente tribuno de la demagogia quien habia de pronunciar el veredicto condenatorio, ni el escritor revolucionario quien lo recogiera en su libelo para lanzarlo á los cuatro vientos del escándalo: sino el discreto y suave académico, el hablista de atildado y elegante estilo, el literato de ática y reposada frase, nunca olvidadizo de las usuales conveniencias, ni menguado adulador de las mochedumbres.

Permítasenos ántes de concluir, apuntar una observacion que no creemos descaminada. Incluyendo la de Madrazo, recordamos tres críticas más ó ménos acerbas y directas de la época á que nos contraemos. Llámase en una calamitoso al reinado de Felipe III, abominable y oprobiosa la privanza del duque de Lerma; y bosquejándose la historia de este y otros validos, s inclina el ánimo al desabrimiento y la censura; pintándose en otra el cuadro que ofrecia la corte de ese inolvidable monarca, hállasela ocupada por favoritos tan rapaces como inícuos en su proceder, por tiranuelos, mercaderes de sangre humana, avaros y soberbios, que despotizan á los dóciles españoles. Esto dicen Ferrer del Rio y Fernandez Guerra, dos académicos de autoridad y de peso; Madrazo en su arenga, muéstrase áun más despiadado con Felipe IV. No le satisface el más severo sintético juicio sobre sus prendas personales y sus actos cual cabeza de un gran pueblo; ántes descendiendo á detalles, hasta descubre como en su servicio se confecciona —textual,— un tósigo que concluya con el duque de Medina Sidonia, acusado de conspirar en Andalucía. Y cita sus torpes amores con la seducida Calderona, sus diversiones reventando caballos en la Tela, *haciéndoles mal*, segun una frase bárbara y auténtica, en el picadero, lidiando toros y asistiendo á las luchas de animales feroces en el Retiro, rivalizando con sus Grandes en los juegos de sortija, estafermo, naipes y pelota, viendo á los meninos del príncipe *mantear perros*, y entregándose, en fin, nuevo y grotesco Baltasar, á toda clase de excesos y liviandades.

No se tildará de hoy más á nuestros académicos de parcos y encogidos en achaque de vituperios, cuando la imparcialidad y el civismo no consienten que se callen; y ménos podrá decirse que faltó en esas corporaciones, áun girando en la órbita del mundo oficial, independencia bastante para volver por los santos fueros de la justicia cuando la ocasion pedia que se acudiese á socorrerla.

Las dimensiones de este artículo, obligannos á remitir al posterior y último el análisis de los discursos leidos en la recepcion del Sr. Cubas.

FRANCISCO M. TUBINO.

EL CAMPO DE DIAMANTES.

No puede ya decirse que en el Sud del Africa se encuentra el país de los hotentotes.

Aquellos estúpidos indígenas (de que nos hablaban los viajeros célebres) de baja estatura, facciones abultadas y triangulares, narices chatas, ojos grandes y vueltos hácia la nariz, boca ancha y cuerpo grueso y mal formado, crueles, independientes y fieros, que lo mismo guerreaban con sus vecinos los cimbebas y los cafres, que lanzaban sus flechas emponzoñadas contra los europeos que por curiosidad los visitaban; los hotentotes, en fin, apenas existen hoy, y dentro de algunos años, muy pocos, es casi seguro que no se encontrarán ni para un remedio.

La civilizacion se extiende por las ántes desconocidas regiones del Sud del Africa, y el espíritu de especulacion que distingue á nuestra época hará posible que, andando los tiempos, sean los alrededores del Cabo un centro de refinada cultura y exquisita elegancia...

¡Tanto puede la codicia!

Ello es que si los portugueses se atrevieron á descubrir en 1486 el cabo de Buena Esperanza, y áun le llamaron *de las Tormentas*, sin duda por las muchas que sufrieron, y si los holandeses de 1650 crearon en la costa un buen establecimiento comercial, adivinando acaso un porvenir de oro, y áun de diamantes, lo cierto es que los ingleses, esos acaparadores de islas, de costas y de peñones—segun la frase de un escritor ilustre—no dejaron pasar mucho tiempo sin *meter la pata* en la costa meridional del Africa, para no sacarla de allí á los tres tirones, como suele decirse.

Por aquello de *á rio revuelto...*, en 1795 se apoderaron de la colonia fundada por los holandeses, y la paz de 1814, que sancionó algunos hechos indignos, les dió posesion del establecimiento conquistado, «que les era necesario—alegaban—para favorecer el comercio con la India.»

Al pié del alto monte de la Tabla, álzase hoy la ciudad del Cabo, centro de un Estado inglés que abraza más de 20.000 leguas cuadradas, con 300.000 habitantes: en Constancia se fabrican excelentes vinos; en Simonstad hay un magnífico astillero, y Puerto Natal es un punto bien fortificado.

Mas hé aquí que la fortuna es ciega y rueda por donde ménos se piensa.

Prosperaba el establecimiento inglés á las mil maravillas; cultibábanse extensos terrenos que producian escogidos granos, buen tabaco, que era elaborado en las fábricas de Inglaterra y se vendia como si fuera de la Vuelta de Abajo, ricos vinos, azúcar, té y café.

Pero en uno de estos últimos años, cierto marinero inglés que paseaba tranquilamente por las cercanías de Simonstad, tropezó de repente con la gran fortuna, con una fortuna mayúscula, representada en un diminuto y fosforescente cristal cubierto de tierra. Aquel pequeño cristal era un diamante.

Y tras el primero se hallaron otros, y luégo muchos más; y cuando los ingenieros de la colonia analizaron los cristales y el terreno en el cual aparecian, declararon solemnemente que el cabo de Buena Esperanza era el cabo de las riquezas, y los alrededores de aquella poblacion fueron bautizados con este bonito nombre: *the diamond fields*, el campo de diamantes.

Celebres eran desde tiempos remotos las minas de Golconda y Oudjein, en la India; más celebridad adquirieron luego las de Java y Borneo, en las islas de la Sonda, situadas al Sud de la India, en la Oceanía occidental; y tambien se hicieron famosas las de Villa-diamantina y Goyar en el Brasil, y las que poseen los rusos en Siberia.

Pero las minas del Cabo lograron en breve tiempo grande fama por los ricos productos con que favorecieron desde luego á la afortunada Sociedad anglo-alemana, dirigida por el hábil ingeniero de Berlin, M. von Rown, que se formó inmediatamente con el objeto de explotarlas y poner en circulacion las preciosas piedras.

El grabado inferior de la pág. 260 indica el procedimiento que se emplea para lavar los cristales y separarlos enteramente de las sustancias térreas de que aparecen cubiertos.

El diamante, carbono puro, siempre cristalizado, y cuya densidad está representada por 3,5, es el más duro de todos los cuerpos conocidos; refleja y refringe la luz, y no le alteran los ácidos ni el calor: los *brillantes*, *rosas*, *tablas* y *chispas*, son diamantes distintamente tallados.

Tales son los caractéres principales de este cuerpo, considerado como la piedra preciosa por excelencia.

Verdadero artículo de lujo, su precio varía con la moda; mas un diamante tallado, del peso de un quilate (cuatro granos escasamente), vale por lo ménos 260 rs.; pero como la talla, forma, color, magnitud y hermosura de los diamantes varía hasta lo sumo, cada cristal suele tener un valor particular.

Conócense algunos diamantes de gran tamaño: las coronas de Austria y Rusia, la del gran Mogol y otras los tienen magníficos; el que posee el rajah de Matam, en la isla de Borneo, pesa 367 quilates, y el que pertenece á la corona de Francia, el más precioso que se conoce, pesa 136 quilates, despues de tallado, y está tasado en 18 millones de reales.

No es, por lo tanto, extraño que los ingleses recibieran con inmenso júbilo la noticia del gran descubrimiento hecho en la colonia del Cabo por el pobre y cansado marinero *The diamond field* es verdaderamente una miña, que parece estar custodiada por un mago simpático y poderoso, cuya varita de virtudes está logrando trasformar el árido é inculto país de los hotentotes en hermoso centro de civilizacion europea.

Por último, el grabado de la pág. 261, copia una es-

VERSALLES.—GABINETE CENTRAL DE CORREOS, EN LA SALA DE LAS BATALLAS (pág. 262).

ÁFRICA.—NUEVAS MINAS DE DIAMANTES DESCUBIERTAS POR LOS INGLESES EN EL CABO DE BUENA-ESPERANZA (pág. 259).

DOMBROWSKI.

CLUSERET.

JEFES MILITARES DE LOS INSURRECTOS DE PARÍS (pág. 249).

AFRICA.—PARTIDA DE JUEGO ENTRE LOS OBREROS DE LAS MINAS DE DIAMANTES (pág. 250).

cena que se reproduce fatalmente bien á menudo: los trabajadores de *The diamond field* derrochan en el juego, á fuer de buenos ingleses, el producto del trabajo de la semana.—X.

UNA SESION DE LA COMMUNE.

Hé ahí lo que representa el grabado de la pág. 249.

Y no una sesion cualquiera, sino aquella en que los miembros de la Commune decidieron que la columna de Vendôme, monumento erigido—dice el decreto—para glorificar los triunfos de la fuerza bruta, fuese demolida en la tarde del *26 floreal* (16 de Mayo), á cuyo acto debian asistir los individuos de la Commune, adornados con sus bandas rojas.

El patriota Beranger cantó la columna y las glorias que representaba con enérgicos versos, y Victor Hugo—*qui depuis en a tant fait son* MEA CULPA, segun la frase de un periódico de París—escribió una *Ode à la colonne*, cuya segunda estrofa es como sigue:

J'aime à voir tes flancs, colonne étincelante,
Revivre ces soldats qu'en leur onde sanglante
Ont roulé le Danube, et le Rhin, et le Pô!
Tu mets comme un guerrier le pied sur la conquête,
J'aime ton piedestal d'armures et la tête
Donc le panache est un drapeau!...

Pero los miembros de la Commune se olvidaron de los cantos de Beranger y de las valientes estrofas del mismísimo Victor Hugo: reúnense en la sala des Mairies del Hotel de Ville, y decretan la demolicion del glorioso monumento que recuerda los triunfos del grande ejército.

Por desgracia, el decreto se ha cumplido ya—si hemos de creer al telégrafo de Versalles.

Por lo demás, de esa misma Commune reunida en el Hotel de Ville, han salido otros decretos no ménos importantes,—que no hay necesidad de recordar ahora, porque estamos seguros de que nuestros lectores no los han olvidado.

Es de creer que no está léjos la última escena de la espantosa tragedia que se representa en Francia desde el 18 de Marzo.

ISSY Y VANVES.

Estos dos fuertes, primer piso de la defensa de París—segun la frase de M. de Moltke—han caido en poder de las tropas de Versalles.

Pero ¿cuál es el estado actual de ambas fortalezas?

Lo dicen bien elocuentemente nuestros grabados de la página 253: montones de ruinas se elevan por todas partes, y no hay como ver de cerca los desastres de la guerra para aborrecerla y detestarla.

Los alemanes habian casi destruido las dos gigantescas obras, y millares de bombas, estallando dentro del recinto fortificado, sembraron la muerte y el exterminio: pero las baterías que los versalleses establecieron en Meudon, Clamart y Châtillon, y en especial los monstruosos proyectiles que arrojaron las piezas de marina del reducto de Montretout, convirtieron los fuertes en montones de escombros.

Durante quince dias las granadas cayeron como lluvia de fuego sobre el fuerte de Issy, y puede verse en nuestro dibujo el aspecto que ofrece hoy el cuartel que está situado á la entrada de la fortaleza, sobre el boulevard Murat. La casa, completamente arruinada, acribillada á balazos, presenta un espectáculo desolador: las cubiertas del tejado no existen, las chimeneas están arrasadas, las ventanas rotas, desencajadas, y quizá suspendidas algunas por su último gozne: una escalera, cuyos peldaños han sido volados por los proyectiles, enseña su esqueleto de hierro por encima del piso segundo de la casa.

Los versalleses suponian con razon que en este cuartel se alojarian las tropas que comandaba el ciudadano Rossell, y contra sus muros dirigieron certeramente la puntería de los monstruosos cañones.

Así se explica la casi total destruccion del fuerte de Issy.

Lo mismo puede decirse del de Vanves: aunque los estragos han sido menores, el grabado que ofrecemos señala claramente que no ha salido muy bien librado el cuartel principal del fuerte.

Hoy ondea sobre tantas ruinas ennegrecidas el pendon tricolor de la Francia; pero la guerra civil, sangrienta y asoladora, ha dejado señal indeleble de su paso en los alrededores de la gran capital.

Dicenlo con muda, pero terrible elocuencia, los restos calcinados de Issy y Vanves.

«Ahora—dice tristemente un periódico de Versalles—cuando los árboles reverdecen y las flores embalsaman el aire, parece que la naturaleza protesta contra esta carnicería horrible, contra esos actos de salvajismo (*de sauvagerie*), que no respetan la obra de Dios, ni las obras de la inteligencia humana.»

Tiene razon.

VERSALLES.—LA ADMINISTRACION CENTRAL DE CORREOS.

El gobierno de M. Thiers, al abandonar á París, trasladó á Versalles todos los servicios públicos de la Francia.

La administracion superior de correos fué quizás el último servicio público que dejó á París, y M. Rampont, director general, ántes de salir del hôtel de la calle de Jean-Jacques-Rousseau, conferenció con los delegados de la Commune, á fin de evitarlo; pero las conferencias amistosas no dieron resultado, y la administracion de correos fué trasladada á Versalles.

Como otras tantas oficinas, la de correos fué instalada en el suntuoso palacio de Luis XIV, el cual, á pesar de sus enormes proporciones, es ahora bien pequeño para reunir dentro de sus muros la Asamblea nacional, los ministerios y todas las dependencias del gobierno centralizado de la Francia.

Para el servicio de correos se ha reservado la inmensa galería de las Batallas, que es de creacion moderna, y cuya entrada existe en la escalera de los Príncipes: dicha galería está casi unida al salon de 1830, dedicado enteramente á los cuadros que representan los principales episodios de la famosa revolucion de 1830.

En medio de los cuadros que adornan los muros y de los bustos consagrados á la memoria de los grandes hombres de la Francia, ha sido necesario colocar el material de la administracion superior de correos, tan numerosa y tan importante bajo todos conceptos, y hoy la galería de las Batallas presenta el aspecto que indica nuestro grabado de la pág. 260.

Multitud de sacos y paquetes de cartas y periódicos, que acaban de llegar ó que van ser dirigidos á los departamentos y al extranjero, ocupa el centro de la vasta sala, amontonados en confuso desórden, y solamente la habilidad de los dependientes de M. Rampont puede reconocer, clasificar y distribuir en breve espacio tantos millares de paquetes como diariamente ingresan en las oficinas de correos de Versalles.

Puede formarse una idea aproximada del movimiento postal en Versalles, sabiendo que uno de nuestros corresponsales en París, trasladado á la ciudad de Luis XIV á consecuencia de los sucesos de que es teatro la capital de Francia, ha recibido en un solo dia *dos mil setecientas veintisiete* cartas y periódicos de diferentes puntos.

Por magnífica y espaciosa que sea la galería de las Batallas, es bien insuficiente para el servicio de correos, y es de desear que M. Rampont y las vastas oficinas de que es director vuelvan pronto al viejo hôtel de Armenonville, en París.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(*Continuacion.*)

XXXV.

DE MÁS GRAVE Á MÁS GRAVE.

La necesidad que retenia á Angeles junto á su tio; la imposibilidad de que Elena la acompañase, daban libertad á Enrique.

Este, sin embargo, delicado siempre, aunque combatido por un amor que se desbordaba, procuraba no encontrarse nunca á solas con Elena.

A su vista, una turbacion que no podia dominar, se apoderaba de él.

Sus nervios se excitaban; le acometia una especie de embriaguez, que le costaba sumo trabajo ocultar.

Por consecuencia, procuraba no ver á Elena sino en presencia de Angeles.

Y cuando más sucedia esto era á las horas del almuerzo y de la comida.

Permanecian un momento de sobremesa, y despues, Angeles volvia al cuidado del marqués de Torrenegra, y Enrique cogia el sombrero y se marchaba á la calle á dar vueltas, á aburrirse, á desesperarse.

Esta situacion era insostenible.

La locura iba apoderándose de la cabeza de Enrique.

¿Qué mujer no comprende que es amada, por mucho que el hombre que la ame encubra su amor?

Elena comprendia el estado del alma de Enrique por ella; y ella misma sufria ya, de una manera indecible, por aquellos amores que se le habian entrado lentamente en el alma, sorprendiéndola cuando ya estaba enamorada.

Elena luchaba consigo misma, tanto por lo ménos como consigo mismo luchaba Enrique. Si él evitaba encontrarse á solas con ella, ella evitaba áun mirar á Enrique.

Temia que su alma saliese á sus ojos; que Enrique se apercibiese de su amor: de un amor, que ella ocultaba por pudor, porque la parecia que el mismo Enrique debia encontrar extraño que, habiendo amado á Estéban, hubiese dejado de amarle, cuando le veia sumido en una inmensa desgracia, para amar á otro.

Por esta delicadeza de su alma, Elena habia llegado á considerar como un inconveniente poderoso para su felicidad, aquel hombre á quien ya no amaba, y respecto al cual, su alma buena, sólo sentia un impulso de piedad.

La situacion, lo repetimos, era difícil, y por lo mismo, sublimaba el amor de aquellas dos criaturas que tendian la una á la otra de una manera irresistible, y á los cuales, de una manera extraña, separaba Estéban.

Pero el amor, como todos los sentimientos, es una fuerza expansiva; y sabido es que las fuerzas expansivas estallan con mucha mayor violencia cuando la fuerza que las comprime llega al punto necesario en que la compresion no puede ser mayor.

Si hubiéramos de hacer conocer á nuestros lectores todos los detalles de este amor silencioso y violentado, que tuvieron lugar en un plazo de ocho dias, despues del accidente del marqués, necesitaríamos un volúmen.

Esto seria inútil.

Nuestros lectores comprenden la situacion.

Enrique, que hacia mucho tiempo habia perdido las ganas de comer, porque cuando nos ocupa la bilis, tenemos muy poco apetito; Enrique, que se vió violentado, procurando aparecer alegre, tranquilo, en una situacion normal; que se violentaba y comia, determinando un exceso que debia serle funesto, empezó á sentirse mal, á empalidecer, á enfermar.

Su sufrimiento era de esos que se hacen intolerables, y tanto más, cuanto más se le quiere ocultar.

No hay esfuerzo más doloroso que el que se necesita para sonreir cuando se tiene el alma triste; para hablar de una manera tranquila y ligera, cuando no tenemos alma más que para un sombrío pensamiento; cuando devoramos las lágrimas que se agolpan á nuestros ojos.

Esto es superior á las fuerzas humanas.

Y la fatiga, el aniquilamiento, la desesperacion sobrevienen muy pronto.

La naturaleza es inviolable, y no sufre se atente á sus derechos.

Los reivindica con tanta más fuerza, cuanto más han sido vulnerados.

La situacion de Enrique salia á su semblante. Llegó un dia en que quiso sonreir, y su sonrisa fué una mueca; un dia en que quiso dar á su palabra un acento tranquilo, y se produjo un acento lúgubre, siniestro.

En vano procuró comer.

En vano buscó una disculpa plausible á su inapetencia y á su tristeza.

Él no tenia motivos, fuera de su amor contrariado, para sentirse triste é inapetente.

Sus lágrimas pudieron más que su voluntad, y arrasaron sus ojos.

Desfalleció, agonizó y miró con ánsia, de una manera explícita, elocuente sobre todas las elocuencias, á Elena.

Esto era durante la comida.

Caia la tarde, y el sol de la primavera, próximo al Occidente, penetraba en el comedor é inundaba de una luz dorada el semblante de Enrique, que estaba trasfigurado por la pasion y por la agonía, y aparecia hermosísimo.

Se estaba en los postres.

Ángeles, que continuamente observaba, conoció la situacion.

Habia llegado el momento definitivo.

Elena, silenciosa, con los ojos bajos, bebia á pequeños sorbos una copa de Madera, y su pequeña y hermosa mano temblaba.

Su delicioso seno se alzaba y se deprimia de una manera violenta.

Ángeles se exquivó, pero se quedó detrás del portier de la entrada del comedor.

Elena levantó los ojos, miró á Enrique de una manera suprema, lanzando en aquella mirada toda su alma.

Enrique lanzó un grito ahogado, sonrió de una manera inefable, pero tristísima, y luégo se levantó, cogió las manos de Elena, las estrechó contra sus labios, rompió á llorar y, como si aquello hubiera sido demasiado, vaciló, soltó las manos de Elena, buscó de una manera insegura, como un ébrio, el sillon que acababa de dejar, cayó en él y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Y qué, Enrique, y qué? dijo Elena, acercándose á él con el acento conmovido, enamorado.

—Nada, Elena, nada, contestó Enrique.

Y aquellas dos sencillas y vulgares frases fueron toda una explicacion.

Enrique guardó silencio.

Elena no se atrevia á hablar.

—¿Y por qué esto? dijo al fin ella. ¿Qué impide que acabemos al fin con este martirio?

Era cuanto podia decirse.

La explosion habia sobrevenido.

—Es verdad, dijo Enrique levantando la cabeza y mirando con delirio á Elena. Yo temia, yo creia...

—Yo tambien, dijo Elena.

—¿Y qué podia usted temer? exclamó Enrique?

—Que usted me creyese ligera, cruel é injusta. Usted me ha visto empeñada por un hombre; usted me ha visto sufriendo por él; pero yo me engañaba, Enrique: lo que siento ahora no lo he sentido nunca; ¿por qué he de ocultarlo? ¿Es acaso un crimen ó una vergüenza el amor? ¿Por qué no he de decir yo al hombre que amo lo que una esposa puede decir á su esposo, cuando ese hombre me comprende, cuando ese hombre me ama como yo le amo á él?

—¡Oh, Elena, Elena! exclamó Enrique. Hay momentos en que bendecimos á Dios, porque hemos nacido y vivido para llegar á ellos; pero no podemos continuar aqui esta conversacion. Pueden sobrevenir los criados, sobrevendrán. Espéreme usted en el jardin, Elena.

(Se continuará.)

DOMBROWSKI.—CLUSERET.

Oportuno es en los actuales momentos poseer algunos apuntes biográficos de estos dos célebres agitadores, jefes militares de los insurrectos parisienses.

Dombrowski, nacido en Polonia, esa desventurada Francia del Norte, empezó á servir en el ejército ruso en 1858, y era un distinguido oficial de Estado Mayor en los últimos dias de la guerra del Cáucaso; combatió luego por Polonia, su patria, en 1863, y su abnegacion por esta causa generosa fué tan grande, que los agentes del emperador Alejandro le arrestaron y encerraron en Varsovia, para ser luego desterrado á la fria tumba de los patriotas polacos, que se llama la Siberia.

Pero las relaciones de amistad que tenia en el ejército ruso le fueron de grande utilidad entónces, y consiguió evadirse de la prision de Moscou, merced á los vestidos de muger que hubo de proporcionarle una sirviente del director de la prision. Despues libertó á su señora, que habia sido apresada tambien; los dos esposos acudieron á la Francia en demanda de hospitalidad, y desde entónces no ha abandonado su patria adoptiva.

Pesa sobre Dombrowski una acusacion odiosa: la de haber querido emitir en Francia billetes falsos del Banco ruso; pero hasta el mismo *Officiel* de Versalles le ha hecho justicia y confesado lo contrario.

Dombrowski es de pequeña estatura y de una energía á toda prueba; ha consagrado su vida á los asuntos militares, y publicó un libro muy estimado sobre los nuevos armamentos del soldado, en el cual probó que el ejército francés necesitaba una reforma radical.

Ha sido el jefe de la defensa de Paris, y se encuentra herido y prisionero en Saint-Denis.

Cluseret era en 1863 un distinguido oficial del ejército francés.

Cuando estalló en los Estados Unidos la guerra separatista, presentó su dimision para ir á defender la causa de los norte-americanos, en cuyas filas prestó innumerables servicios, por los que fué ascendido á brigadier general.

Indignado por los excesos cometidos por las tropas del general Milroy, envió Cluseret su dimision al mayor Sckemk.

Volvió entonces á Europa, y no cesó de trabajar en la propaganda de la idea republicana y en favor de una revolucion: en los últimos años del imperio publicó una série de escritos muy notables, acerca de la reorganizacion del ejército francés, y éstos le atrajeron la persecucion de los gobiernos de Napoleon III, hasta el punto de que hubo de refugiarse en Suiza y luégo en Inglaterra.

Proclamada en Francia la república, Cluseret volvió á su patria á sostener la causa de la democracia radical, y sucesivamente le hemos visto en Lyon, Marsella y Paris, siempre en las filas de los patriotas más ardientes.

Despues de la entrada en Paris de las tropas de Versalles, el telégrafo no ha vuelto á mencionar el nombre del general Cluseret.

AJEDREZ.

Solucion al problema núm. 9.º, dedicado á don José Fornovi por don Javier Marquez.

BLANCAS.	NEGRAS.
1.º D. casilla AR.ª	1.ª D. toma D.
2.º T. 4.ª r. D.	2.º C. toma T.
3.ª A. mate.	
A.	
1.º	1.ª . . . . .
2.º	2.º T. toma T.
3.º T. mate.	
B.	
1.ª	1.ª . . . . .
2.º	2.ª C. 6.ª AD.
3.º C. toma p. mate.	
C.	
1.ª	1.º . . . . .
2.ª	2.ª T. 7.ª AD.
3.º A. 5.ª D. mate.	
VARIANTES.	
1.º	
1.ª	1.ª T. toma A.
2.º T. toma T. jaque.	2.º D. toma T.
3.ª D. toma D. mate.	
2.º	
1.º	1.ª A. 6.ª
2.ª C. 8.ª D. jaque.	2.º R.º juega.
3.ª D. mate.	

Etcétera.

Solucion al problema núm. 10, presentado por don Javier Marquez.

BLANCAS.	NEGRAS.
1.º T 8.ª A D. toma p.	1.º C. toma T.
2.º T. jaque.	2.º Cualquiera.
3.º A. mate.	
VARIANTE.	
1.º	1.º p. 5.ª R.º juega á 6.ª
2.ª C. 6.ª C. R.º jaque.	2.ª R.º juega.
3.º T. toma p. mate.	

PROBLEMA NÚM. 11.

COMPUESTO POR LA SEÑORA DOÑA R. F. DE G., DE VILLANUEVA Y GELTRÚ.

NEGRAS.

BLANCAS.

Juegan y dan mate en cuatro jugadas.

PLAGA DE LANGOSTAS.

Este voraz insecto, que destruye en breves instantes nuestros campos y trasforma en lugar de devastacion las heredades que ofrecian al labrador esperanzas de abundante cosecha, se ha desarrollado en proporciones extraordinarias en los principales centros agrícolas de la península ibérica.

En las dos Castillas, Extremadura, Andalucía y Valencia, han aparecido nubes inmensas de langostas; y aunque se ha tratado de aplicar oportunamente el remedio, por desgracia serán muchos los labradores que sufran las consecuencias de la asoladora plaga.

Conocidos son los caractéres zoológicos de este cruel insecto: pertenece al órden de los *ortópteros*, sufre metamórfosis completa, tiene alas superiores (*élitros*) de consistencia coriácea, y alas inferiores membranosas y plegadas en forma de abanico.

Se desarrollan estos insectos en número prodigioso, y cruzan por el aire en espesas nubes, que son el azote más terrible de la agricultura, pues dejan completamente desnudos los campos sobre los cuales descienden, y sus cadáveres amontonados inficionan la atmósfera y son tal vez la causa de peligrosas enfermedades.

Pocos dias hace ocurrió el suceso que señala nuestro grabado de la pág. 253.

En el término feraz de Almadenejos (Badajoz) apareció la langosta en cantidad tan inmensa, que fué detenido en la via férrea un tren de pasajeros, que por acaso en tal momento cruzaba.

Es de desear que el Gobierno de S. M. facilite á los pueblos, en bien de todos, los medios y socorros que necesitaren para la extincion de la langosta—y áun creemos que ya se les ha facilitado á algunos, por órden del digno ministro de la Gobernacion.

LOS FUGITIVOS DE NEUILLY.

Triste memoria del mes de Abril guardará eternamente la encantadora villa de Neuilly.

El combate del 6, en cuya sangrienta jornada perdieron la vida los generales Besson y Péchot, peleando como buenos á la cabeza de los regimientos 82.º y 85.º de línea, fué sólo el preludio, si así puede decirse, de otros combates más terribles, de dias más nefastos.

Los habitantes de la poblacion, amenazados por los fuegos de los parisienses, de los versalleses y del Mont-Valerien, suplicaron á los jefes de los dos ejércitos beligerantes que se pactase un armisticio de algunas horas para que pudiesen abandonar sus moradas, y buscar en Paris, en Saint-Germain, en Argenteuil, en otros puntos de las cercanías la seguridad, que no encontraban ya en sus mismos hogares.

Y á la manera que los campesinos de la Alsacia y del Bajo Rhin huian, hácia el mes de Agosto del año último, delante de los ejércitos alemanes, los vecinos de Neuilly huyeron tambien de sus viviendas y buscaron un asilo contra las devastaciones que sus propios compatriotas ejercian, con grave daño de la patria.

Nuestro grabado de la pág. 264 indica la llegada de los fugitivos á los Campos Elíseos, en las cercanías del

PARIS.—LLEGADA DE LOS FUGITIVOS DE NEUILLY DELANTE DEL PALACIO DE LA INDUSTRIA (pág. 263).

palacio de la Industria. Refugiáronse en Paris muchos habitantes de Neuilly, y Paris, sin embargo, era bien digno de lástima.

«Paris está desierto—decia al dia siguiente uno de los fugitivos, en carta dirigida á un periódico de Burdeos.

No sólo los barrios más amenazados por las granadas, como Passy, Auteuil, Las Ternes—cuyos vecinos han abandonado sus casas, lo mismo que nosotros; sino que la soledad se nota en barrios tan céntricos como los de la Bolsa y del Banco, donde son muchas las tiendas cerradas.

En puntos de ordinario tan concurridos como las calles de Rivoli y Saint-Honoré, la soledad comienza en la plaza del Palais Royal, y no se interrumpe en direccion de los Campos Elíseos y de los arrabales.»

Y en tanto que se acerca la hora del desenlace de esa tremenda crisis que sufre la desgraciada Francia, y mientras los guardias nacionales, que parecen decididos á defenderse heróicamente hasta el último extremo, levantan barricadas formidables, practican minas y colocan torpedos—al decir de la prensa extranjera,—los artículos de primera necesidad alcanzan de dia en dia fabulosos precios, y el pobre, despues de los sufrimientos del cerco, vé llegar el hambre con todo su triste cortejo de miserias.

¿Quién no deseará la solucion de esta crisis?

DON CESÁREO SANCHEZ Y SANCHEZ.

En esta página publicamos el retrato de este bravo militar, defensor de la torre óptica de *Colon*.

Nació Sanchez el 29 de Octubre de 1835 en el pueblo de Tamames, provincia de Salamanca, y en la quinta de 1857 tocóle por suerte ser soldado, entrando á servir el 13 de Julio del mismo año.

Bajo la bandera del batallon cazadores de Segorbe hizo la guerra de África, y estuvo tambien en la campaña desgraciada de Santo Domingo en un batallon provincial: sargento era ya cuando principió la insurrecion cubana, y en la compañía de tiradores de Cabima, que formó luego la segunda de cazadores de Chiclana, empezó á servir en Cuba, á las órdenes y bajo la direccion del coronel don Cárlos Denis, uno de los oficiales más entendidos y bizarros de nuestro ejército, ascendiendo en breve al empleo de alferez, en atencion á su brillante comportamiento en las Minas de Juan Rodriguez. El 20 de Febrero hizo la heróica defensa de la torre de *Colon*, descrita ya en el número 13 de LA ILUSTRACION.

ISLA DE CUBA.—DON CESÁREO SANCHEZ Y SANCHEZ, DEFENSOR DE LA TORRE DE «COLON» (pág. 264).

Tan valiente como modesto, el jóven Sanchez ha querido hacer partícipe de su gloria al señor Denis, su antiguo coronel, y le ha dirigido la carta que á continuacion copiamos:

«*Puerto-Príncipe, 3 de Abril de 1871.*—Mi respetable coronel: repuesto algun tanto de mi herida, he salido del hospital hace dos dias, y me apresuro á participarlo á V. S.—La defensa de la torre de *Colon* me ha proporcionado una gloria immerecida: al derramar mi sangre sólo cumplí con mi deber. La vida del soldado se debe á la patria. La gloria la han alcanzado los valientes de la tercera compañía de Chiclana, pues de la que á mí me cabe es V. S. partícipe, que á la educacion militar que de V. S. he recibido, y no á mis fuerzas, debí el feliz resultado de ese hecho de armas.

Ya sabe V. S. cuánto le respeta y aprecia su subordinado y seguro servidor Q. B. S. M.—*Cesáreo Sanchez.*»

Hé ahí una carta que revela exactamente el alma noble y sencilla del valiente defensor de la torre de *Colon*.

El gobierno de S. M., apenas tuvo noticia de aquel heróico hecho de armas, dispuso, entre otras cosas, que el alférez Sanchez fuese ascendido á capitan, y que todos los defensores que hubiesen sobrevivido, llevando á su frente al heróico oficial que los mandaba, desfilasen por delante del batallon de Chiclana, de que forman parte, recibiendo honores de capitan general.

Y en cartas de Puerto-Príncipe, fecha 18 de Abril, que ayer hemos recibido, se nos dice que en la tarde de aquel dia tuvo lugar este último acto, tan solemne como inusitado, delante de una inmensa concurrencia, en la ancha plaza del Paradero, que está frente al cuartel nuevo de infantería.

Sirva de estímulo á los buenos españoles, soldados y voluntarios, que luchan tan bravamente en la isla de Cuba por la integridad y la honra de España.

ADVERTENCIA.

Terminada la reimpresion del número 6.º, correspondiente al año anterior, lo hemos remitido á los señores suscritores á quienes se les debia.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.